



## *La muralla*

*Comedia en prosa dividida en dos partes, con dos cuadros cada una de ellas*

Joaquín Calvo-Sotelo

### PERSONAJES

CECILIA.

MATILDE.

AMALIA.

JORGE.

JAVIER.

ÁNGEL.

ALEJANDRO.

ROMUALDO.

Esta comedia fue estrenada en el Teatro Lara, de Madrid, la noche del 6 de octubre de 1954.

**La escena representa la sala de estar de la casa de los señores de Hontanar, JORGE y CECILIA, sita en cualquiera de las calles de cualquiera de los barrios residenciales madrileños. Es una habitación puesta con buen gusto y que refleja el bienestar económico de sus dueños. Para las necesidades de la acción son precisos muy pocos elementos. En primer término izquierda hay una puerta que da a la calle. En el ángulo, una silla, próxima a una lámpara de pie y a una librería empotrada. Al foro, en último término, un gran ventanal que encubren unas cortinas. A juego con la librería indicada, otra en el mismo término de la derecha. En el ángulo, un reloj de pared. En primer término, frente a la puerta de la calle, otra, que da a las habitaciones interiores. Un sofá con un sillón, en primer término a la derecha. Tras el sofá, una mesita estrecha y alargada, en la que está el teléfono**

y en la que hay una lámpara y algunas flores. Entre las librerías y el foro propiamente dicho, se supone que hay espacio libre para las entradas y salidas de algunos de los personajes. El timbre del servicio y el de la calle deben sonar de manera manifiestamente distinta. Los términos derecha e izquierda van referidos al espectador, y no al actor.

## Parte I

△▽

### Cuadro I

△▽

**Al levantarse el telón son las once de la mañana de un soleado día de primavera. ROMUALDO, un criado, entra por la izquierda. Le ha precedido ALEJANDRO BENÍTEZ, secretario particular de DON JORGE HONTANAR. ALEJANDRO es un hombre que viste modestamente. ROMUALDO lleva una chaqueta de cuello cerrado.**

ALEJANDRO.- Me deja frío con lo que me dice.

ROMUALDO.- Iba a haberle avisado, solo que...

ALEJANDRO.- ¿Y a qué hora fue?

ROMUALDO.- A los pocos minutos de marcharse usted.

ALEJANDRO.- ¿Y qué hicieron?

ROMUALDO.- Lo natural en estos casos: tumbarle en la cama con la cabeza baja, abrirle el cuello de la camisa, mojarle la cara y ponernos en movimiento. Yo, en busca del médico, que vive, por fortuna, en el piso de arriba, y en seguida a la parroquia.

ALEJANDRO.- **(Pensativo.)** A la parroquia...

ROMUALDO.- El médico bajó inmediatamente. Fíjese que tuvimos la suerte de que no hubiera ido a visitar a sus enfermos. Si no, cualquiera sabe...

ALEJANDRO.- Pero... es horrible... Y un hombre como don Jorge, en lo mejor de la vida, joven, lleno de fuerza...

ROMUALDO.- Pues, hubo un segundo en el que el doctor torció el gesto y dijo: «Se nos va por la posta». ¿Se da usted cuenta? Y es que al señor se le había quedado una cara... ¡Madre mía! Pálido, pálido, con los ojos medio cerrados... ¡Un drama, vaya!

ALEJANDRO.- ¿Y hablaba?

ROMUALDO.- Casi ni se le oía... Un hilillo de voz que apenas le salía de los labios...

ALEJANDRO.- ¿Y qué decía?

ROMUALDO.- «Un sacerdote, un sacerdote...». Total, que la

inyección fue mano de santo. A los pocos segundos, don Jorge empezó a recobrar... En estas, el sacerdote... El cuadro era para impresionar al más pintado. De entrada, una absolución como un castillo.

ALEJANDRO.- Hombre, como un castillo...

ROMUALDO.- Sí, sí, que nos aprovechó a todos, estoy seguro. Yo me di cuenta... Y en seguida, la recomendación del alma, nada menos.

ALEJANDRO.- Es tremendo. ¿Y don Jorge?

ROMUALDO.- Poquito a poco le fue volviendo el color, y lo que era más importante, el pulso... Hasta que se recobró... Oiga, y todo en cuestión de minutos. A las siete, sano como el que más; a las siete y media, que si me voy, que si no me voy. Y a las ocho, que me quedo.

ALEJANDRO.- Don Jorge, ¿estaba hablando normalmente cuando le dio el ataque...? ¿O había tenido alguna discusión... o había recibido alguna noticia... desagradable...?

ROMUALDO.- Caliente, caliente, don Alejandro.

ALEJANDRO.- ¿Cómo?

ROMUALDO.- Yo creo que lo de ese Gervasio Quiroga, de la finca, le impresionó una enormidad.

ALEJANDRO.- ¿Es posible?

ROMUALDO.- Debe de quererle muchísimo don Jorge, me parece a mí...

ALEJANDRO.- ¿A Quiroga? ¿Y por qué razón? No creo yo...

ROMUALDO.- Pues, lo mismo fue decirle el señor Montes que estaba complicado en el alijo que habían descubierto en la frontera, que cambiar de expresión...

ALEJANDRO.- Romualdo: usted lee más novelas de lo conveniente o va demasiado al cine, me parece a mí...

ROMUALDO.- Que no, don Alejandro, que la noticia de que Gervasio Quiroga había sido detenido le hizo mella, se lo aseguro a usted. Además, es curioso... Acababa de decírselo don Javier y, paf, González desde «El Tomillar» que llama para confirmarlo...

ALEJANDRO.- Ese Quiroga es un buen pájaro... Bien. ¿Y la señora?

ROMUALDO.- Pues, ¿sabe lo que pasó?: que como le vio recuperarse con tanta rapidez, le costó hacerse a la idea de que hubiera estado gravísimo, ¿comprende? De todas maneras, yo creo que se ha dado cuenta, porque no tiene un pelo de tonta. Y la prueba es que ha bajado a la parroquia a encargar todas las misas de mañana, en acción de gracias.

ALEJANDRO.- ¿Está fuera entonces?

ROMUALDO.- Sí, aunque no creo que tarde.

ALEJANDRO.- ¿Hay alguien con don Jorge?

ROMUALDO.- Su hija Amalia y doña Matilde, la madre de la señora. ¡Ah! Y el señor Montes, el padre del novio de la señorita Amalia. Ayer se encontraba aquí cuando sucedió todo, y se afectó mucho. Ha vuelto a visitarle hace media hora. La boda me parece a mí que está al caer.

ALEJANDRO.- Es posible, Romualdo.

ROMUALDO.- Y no me extraña. Menudo bombón es la señorita Amalia. Guapa, joven... y dueña el día de mañana de «El Tomillar». Claro que el señor Montes también debe tener lo suyo, ¿eh? Ese ha mandado siempre en su provincia más que el mismo gobernador.

ALEJANDRO.- Sí, es hombre de mucha influencia... Bien, pues... no sé qué hacer, si entrar a verle o esperar.

ROMUALDO.- El médico le ha prohibido terminantemente que se mueva de la cama. Pero el señor no le ha hecho caso ninguno y se ha levantado.

ALEJANDRO.- Cualquiera le sujeta...

ROMUALDO.- En efecto... **(Transición.)** Aguarde un segundo... **(Hace mutis por la derecha y regresa en seguida.)** Ahí lo tiene usted como si no le hubiera pasado nada.

**(Por la derecha aparece, primeramente, DON JAVIER MONTES. Es un caballero de unos cincuenta y cinco años de edad, factótum de una provincia, no muy determinada, de las que van desde la punta de Gibraltar a la bahía de Rosas, puesto que consta la bondad de su clima y que esté asomada al litoral mediterráneo. El señor MONTES no ostenta ningún cargo oficial. Pero presume más que si fuera el ministro de la Gobernación. Habla con prosopopeya, con un gran aire de dispensador de favores. Por lo demás, es bastante simpático y su vanidad, que a nadie hiere, se le perdona sin dificultades. Tras él viene JORGE. JORGE es un hombre atrayente, joven aún, con la edad justa para ser el padre de AMALIA. Un dejo de melancolía, una sonrisa un poco entristecida trascienden de sus palabras. Está un poco pálido, como es lógico, dado el embate que su salud acaba de sufrir la tarde antes; pero él se esfuerza, elegantemente, en quitarle importancia y solemnidad a sus crisis. AMALIA, su hija, llega con los dos. Cuanto digamos en favor de sus encantos resultará siempre insuficiente: tiene veintidós o veintitrés abriles, los precisos para pensar en casarse antes de que acabe el año.)**

JAVIER.- Hágame caso, Jorge: unos días en el Mediterráneo, es mi consejo. ¿Qué hay, señor Benítez? Hombre, ayúdeme usted a convencerle.

AMALIA.- Papá es muy suyo, y cuesta trabajo que dé su brazo a torcer.

JORGE.- ¿Tú crees?

ALEJANDRO.- **(Un poco emocionado.)** ¿Qué te ha pasado, caramba?

JORGE.- Nada de importancia.

ALEJANDRO.- Pero...

JAVIER.- No me diga. A usted le sucede lo mismo que a mí. Le parece una exageración todo ese aparato escénico de las carreras y los sustos y el médico y el cura. Pensaba encontrarse un enfermo demacrado, chupado, como deben ser los enfermos, qué demonio, y se encuentra con un hombre estupendo, vendiendo salud y vestido para salir a la calle.

ALEJANDRO.- Pero que no saldrá, supongo.

AMALIA.- ¿Cómo se le ocurre?

JAVIER.- Hágame caso. Yo soy el presidente de la Inmobiliaria Sol, que ha construido veinte hotelitos en una playa cerca de Valnueva. Mañana le busco uno en condiciones para que se vaya allí con su mujer y descansa un par de semanitas. Es lo mejor: quítese usted de quebraderos de cabeza con «El Tomillar» arriba y «El Tomillar» abajo. Ya sé que una finca así da preocupaciones, y acaso lo que le ha sucedido tiene su origen en alguna de ellas. ¿Digo bien, señor Benítez?

ALEJANDRO.- Estoy de acuerdo con usted.

JORGE.- Veremos, amigo Montes, veremos.

JAVIER.- ¿Se ha fijado en la cara de disgusto que ha puesto Amalita porque no contamos con ella para el viajecito?

AMALIA.- Sí..., sí..., que voy a dejarte solo...

JORGE.- Cualquiera que la oyese creería que es el amor filial el que la empuja a acompañarme. Pero a mí me parece que no es ese amor precisamente.

JAVIER.- Averíguelo, Vargas: lo único que yo sé es que mi hijo tiene un gusto de primera clase... y una suerte extraordinaria. **(Transición.)** ¿Qué? ¿Nos animamos?

JORGE.- Veremos, veremos.

JAVIER.- Aproveche usted esta ocasión, que... a lo mejor, dentro de unos meses, ya no me encuentra allí. **(Sonríe con una enigmática fatuidad.)**

JORGE.- ¿Cómo? ¿Se viene usted a Madrid?

JAVIER.- **(En la misma actitud.)** ¿Quién sabe!

ALEJANDRO.- Es verdad. Si no te he contado, Jorge... Pero ya he oído yo por más de un sitio que, en la próxima combinación...

JAVIER.- **(Casi colorado.)** ¿Sí...? No... **(Le tira de la lengua.)** ¿Y qué dicen, qué dicen...?

ALEJANDRO.- Se habla... de un ministerio...

JAVIER.- ¡Bah! ¡Bah!... Disparates.

JORGE.- No me sorprende nada, Javier. Y me alegro muchísimo.

JAVIER.- No hay que hacer caso. Lo que sucede es que en estos últimos tiempos he ido de caza algunas veces. La afición a la caza se ha difundido mucho en las altas esferas de la política y basta que uno cobre media docena de codornices para que se le suponga capaz de hacer una Ley excelente de viviendas protegidas. **(Como si contase una travesura.)** Yo maté cincuenta hace quince días... Pero eso no significa que vayan a nombrarme ministro.

ALEJANDRO.- Pues la gente dice que sí.

JORGE.- ¿Y de qué ministerio?

ALEJANDRO.- Hay distintos rumores: Gobernación, Justicia, Agricultura...

JAVIER.- Esas son las ventajas de no estar especializado en nada. La

gente le encuentra a uno apto para todo.

JORGE.- ¿Qué más quiere usted?

JAVIER.- Pero, en fin, yo no me dejo ilusionar.

ALEJANDRO.- Señor Montes: donde fuego se hace, humo sale.

JAVIER.- Ah, lo que sea sonará. Adiós, Benítez.

ALEJANDRO.- Encantado de verle, y enhorabuena por anticipado.

JAVIER.- **(Al borde del mutis.)** Siento mucho no saludar a su esposa. Muchas cosas de mi parte.

JORGE.- No creo que tarde Cecilia. Y gracias por su visita, «señor ministro».

JAVIER.- Calle, calle..., el bien del país por encima de todo.

**(Mutis de JAVIER con AMALIA y ALEJANDRO. JORGE queda solo en escena unos segundos. Va al espejo y se examina en él. Se mide las huellas que el asalto de la muerte, tan próximo, ha impreso en su rostro. Se sonríe a sí mismo amargamente. Después se sienta en el sofá, saca un cigarrillo y se dispone a fumarlo. Es ese un gesto que lleva a cabo de una manera casi automática, refleja, sin concederle importancia. Pero, cuando está a punto de encenderlo, se interrumpe.)**

JORGE.- ¡Ah, no! El médico dijo: «Y sobre todo el tabaco, suprívalo..., como si no existiera...».

**(AMALIA sale por la izquierda, cruza la escena, y antes de salir vivazmente por la derecha, hace una afectuosa carantoña a su padre.)**

AMALIA.- Voy a ver si tu suegra dejó libre el teléfono del pasillo.

JORGE.- Cuando Matilde lo coge por su cuenta...

**(ALEJANDRO entra ahora y le sorprende con el cigarrillo entre los dedos.)**

AMALIA.- Y acuéstate, papá...

ALEJANDRO.- ¿Qué tal te encuentras, Jorge?

JORGE.- ¿Fumas puros, Alejandro?

ALEJANDRO.- Yo, no.

JORGE.- Cierto. **(A ROMUALDO, que cruza la escena.)** Usted sí fuma, Romualdo, ¿no es así?

ROMUALDO.- He tenido tan pocas ocasiones de fumar puros en mi vida, que no sé si me gustan o no.

JORGE.- **(Al mismo tiempo que le da la cajetilla. Con un leve aire de solemne burla. Lentamente.)** Lego las seis cajas de puros que están en la mesa de mi despacho a mi fiel servidor Romualdo González, en prueba de agradecimiento, por lo bien que me sirvió en vida y para librarle de la tentación de fumarse alguno a mis espaldas. En testimonio de lo cual...

ALEJANDRO.- **(Un poco incómodo.)** Bueno, Jorge.

ROMUALDO.- No le interrumpa, don Alejandro.

JORGE.- Se acabaron mis mandas.

ROMUALDO.- Un millón de gracias. **(Transición.)** Ah, di con el señor cura de ayer. Por casualidad, pero lo conseguí. Es el párroco de un pueblecito gallego. Se puso muy contento con la mejoría del señor y me dijo que, conforme, que antes de una hora estaría aquí.

JORGE.- Magnífico; Romualdo.

ROMUALDO.- ¿Quiere alguna cosa más?

JORGE.- Nada, nada.

**(Mutis de ROMUALDO.)**

¿Que cómo me encuentro, me preguntabas? Y tú, Alejandro, ¿cómo me encuentras?

ALEJANDRO.- Exactamente igual que siempre, Jorge; si nada me hubieran dicho, ¿cómo iba yo a suponer que...? Estás idéntico. Si acaso, algo más pálido. Y se acabó.

JORGE.- La muerte empieza siendo simplemente un cambio de color. Un poco más de palidez en la tarde de ayer me hubiera hecho imposible cobrar mi color natural.

ALEJANDRO.- ¿Qué sentiste, Jorge?

JORGE.- Que me moría. Que las cosas y las personas se escapaban de mí, sobre unos raíles invisibles, y se iban alejando, por segundos, de donde estaba yo. Que me hablaban y que no oía... Y que los ojos no me servían de nada... La muerte, ¿es algo distinto de eso?

ALEJANDRO.- ¿Y sin dolor?

JORGE.- Al principio, sí, uno terrible en el brazo izquierdo y en el pecho, que me asaltó de pronto, igual que un policía a un maleante, sin dejarme mover ni llamar siquiera... Después, hasta el dolor fue pasando a segundo término, esfumándose, y yo, deshaciéndome como un montón de cuartillas que se llevara el viento.

ALEJANDRO.- El doctor..., llegó en seguida...

JORGE.- Sí, por fortuna.

ALEJANDRO.- Y el sacerdote... Que era al que tú llamabas con más angustia...

JORGE.- Pues, sí, el sacerdote. **(Transición.)**

ALEJANDRO.- ¡Ah, demontre! Viéndote de tan buen aspecto, me cuesta imaginarme que hayas tenido algo serio hace unas horas.

JORGE.- A los diez metros del viraje o de la falsa maniobra que nos pone a la muerte, todos rebosamos salud Alejandro.

ALEJANDRO.- En fin..., me alegra encontrarte tan sereno y tan dueño de ti.

JORGE.- Te diré la verdad: yo soy otro hombre. Y acaso muy pronto, tú mismo te darás cuenta de ello. Y ahora, escúchame. Necesito de ti un favor, Alejandro.

ALEJANDRO.- Tú me dirás.

JORGE.- Es preciso que veas a Quiroga.

ALEJANDRO.- ¿Dónde? ¿En la cárcel?

JORGE.- Donde sea.

ALEJANDRO.- ¿Y qué he de decirle?

JORGE.- Que es menester que venga a Madrid, apenas le pongan en libertad. He de hablarle.

ALEJANDRO.- ¿Que has de hablarle...? Pero, ¿estás loco, Jorge?

JORGE.- No, no estoy loco.

ALEJANDRO.- Bueno. No es esta la mejor ocasión de llevarte la contraria. Telefonaré a González para que me diga si es posible o no ver a Quiroga y, caso afirmativo, tomaré el tren.

JORGE.- Perfecto.

**(En este momento, CECILIA, por la izquierda. Trae un velo al brazo y un devocionario. Llega nerviosamente, con el temor de que se le haya hecho tarde.)**

CECILIA.- Hola, Alejandro.

ALEJANDRO.- ¿Qué tal, Cecilia?

CECILIA.- Vengo un poco apurada. Hay que ponerte la inyección. ¿Y mamá?

JORGE.- En el teléfono del pasillo, contando mi agonía por duodécima vez a no sé cuál de sus amigas. La oí y me quedé impresionadísimo.

**(DOÑA MATILDE, por la derecha. Es una señora de cierta edad, la suficiente para ser madre de CECILIA y ni un año más, y tan guapa como pueda. Los esfuerzos que hace para seguir siéndolo se le advierten, eso es verdad. Se maquilla y se faja visiblemente, pero mentiríamos si dijéramos que no la acompaña el éxito. Viene muy peripuesta y en actitud de salir a la calle.)**

MATILDE.- A cualquier cosa llamas tú agonía. Gracias a Dios, ¿qué sabes de eso?

JORGE.- Soy casi un técnico, Matilde.

ALEJANDRO.- Buenos días, señora.

MATILDE.- Ah, buenos días.

ALEJANDRO.- Y me marchó. **(A JORGE.)** Tampoco creo que recibir visitas te convenga demasiado.

MATILDE.- Me alegra que se lo diga. Para que se cuide.

ALEJANDRO.- **(En réplica a un ademán de JORGE.)** No te muevas. Mañana volveré.

JORGE.- Y no te olvides...

ALEJANDRO.- No me olvidaré. **(A DOÑA MATILDE.)** A sus pies, señora. Adiós, Jorge.

JORGE.- Hasta mañana.

**(Y se marcha por la izquierda.)**

MATILDE.- **(A CECILIA, que entra.)** ¿Qué haces? ¿Preparas la inyección?



CECILIA.- Sí.

MATILDE.- ¿Necesitas que te ayude?

CECILIA.- ¿Para qué?... Ya la he puesto a hervir.

MATILDE.- ¡Ah, caramba! Aunque me reproches lo del teléfono: me olvidé de hablar con las Montero; llamaré por el del pasillo. **(Se va por la derecha.)**

JORGE.- Diré a Romualdo que le avise cada treinta minutos.

MATILDE.- Veo que no has perdido el humor. **(Se va por la derecha.)**

CECILIA.- ¿Se fue Alejandro? Ese, te quiere bien.

JORGE.- Y yo a él. ¡Pobre! Se ha quedado de una pieza.

CECILIA.- ¡Bah, bah!... No te hagas el resucitado.

JORGE.- Es que, además, sucede una cosa. Somos de la misma quinta. Cuando vemos a un amigo de nuestra edad sortear la muerte, nos sentimos desmoralizados. Hoy, en la tertulia del casino, habrá quien tome dos copas de coñac y quien no tome ninguna. O sea, quien quiera olvidarse y quien se empiece a cuidar.

CECILIA.- Nunca nos aprovechamos de las lecciones ajenas.

JORGE.- ¿Sabes por qué? Porque nos las dan gratis. Tanta baratura es contraproducente.

CECILIA.- Tú, por ejemplo, Jorge, de haberme escuchado, te habrías evitado esto...

JORGE.- ¡Bah! ¿Pretendes que empiece a hacer vida de viejo?

CECILIA.- No. Pero sí que dejes de hacer vida de joven. Ya no lo eres, Jorge.

JORGE.- Soy eso que se llama un hombre maduro.

CECILIA.- Justo.

JORGE.- Estate tranquila. Mido bien mis fuerzas. Sé que aún puedo subir las escaleras de dos en dos, pero que antes las subía sin saberlo. Sé que ya puedo resistir la tentación de asomarme cuando pasa la música de un regimiento por la plaza. Empiezo a creer que los periódicos se imprimen en tipos de letra más pequeña y que a algunas gentes les ha dado la manía de hablar bajo. Las sirenas ya no se atreven a cantarme su canción, porque adivinan que soy capaz de buscarles la segunda voz. En la calle las muchachitas me preguntan la hora que es y me piden cerillas. Soy un hombre maduro y tengo el tipo que corresponde a mi edad. No es una revelación para mí, Cecilia.

CECILIA.- **(Le palmorea en la mejilla tiernamente.)** El tipo, las arterias y el corazón... han cumplido ya, Jorge, los cuarenta años.

JORGE.- Sí, Cecilia, sí.

CECILIA.- ¡Oh, Jorge, no te sientas mortificado! Si a mí me pidieran declaración, juraría que apenas tienes veinticinco. Es toda esa maquinaria interior la que nos lleva la cuenta y la que comete la impertinencia de recordarnos la edad cuando menos lo esperamos.

JORGE.- Mira, maquinarias hay que se rompen sin avisar. Esa sí que

es una impertinencia y hasta una falta de educación. La mía, no. **(Irónicamente.)** Mi corazón es correctísimo, y, antes de partirse en dos, se ha dignado prevenirme: «Amigo mío: me es imposible seguir sosteniendo tanto trabajo. Vaya usted tomando sus precauciones».

CECILIA.- Bueno, bueno, Jorge. No hay que ser pesimista. Me sorprende verte reaccionar de esa forma. Esa actitud es nueva en ti. Mi deseo era meterte un poco de miedo. Pero tú exageras.

JORGE.- Yo no, Cecilia; yo veo las cosas como son. Es verdad: el aviso que la muerte me ha dado ayer es muy serio, muy grave. Y yo he comprendido que, o me cuido o deberé atenerme a las consecuencias.

CECILIA.- Mira, es una determinación muy sensata. Y piensa, Jorge, que quien te ha avisado, como tú dices, no es tu corazón solamente: es Dios.

JORGE.- **(Súbitamente impresionado.)** ¡Ah, eso sí!

CECILIA.- Piensa que estás muy alejado de Él, de espaldas a todo desde hace años.

JORGE.- Sí, ya sé...

CECILIA.- Tú, aquel alumno de los jesuitas, de comunión diaria, según me contabas; aquel que dudó, recién concluido el bachillerato, si irse al Seminario o no...

JORGE.- Es verdad.

CECILIA.- ¡Ah! Siempre mis esfuerzos para traerte a buen camino han fracasado; pero esta es una ocasión maravillosa de que tú...

JORGE.- **(Gravemente.)** No pienso desaprovecharla, Cecilia, te lo aseguro. **(Transición.)** ¿Qué miras?

CECILIA.- Estoy haciendo algo para ayudarte a que la aproveches, Jorge.

JORGE.- ¿Qué estás haciendo?

CECILIA.- No, ahora no te lo digo; más tarde.

JORGE.- Como gustes.

CECILIA.- Bueno, y basta ya de hablar de cosas serias, ¿no te parece? Supongo que ya estará la inyección.

**(JORGE intenta levantarse.)**

Quieto, te la pongo aquí mismo.

JORGE.- Conforme.

**(CECILIA hace mutis por la derecha.)**

CECILIA.- **(Desde dentro.)** Quítate la chaqueta, anda.

MATILDE.- **(Regresa por la derecha. Se ha puesto sombrero. Trae el bolso y los guantes, dispuesta a salir.)** Estos pinchacitos son mano de santo.

JORGE.- Tal vez lo sean.

MATILDE.- ¿Sabes lo más tranquilizador de cuanto te han dicho? Que no es una lesión orgánica, sino funcional.

JORGE.- Sea lo que sea..., si se repite...

MATILDE.- ¡Bah, bah! ¿Y por qué ha de repetirse?

CECILIA.- (**Aparece con la jeringuilla de la inyección, un pedazo de algodón y un pequeño frasquito de una medicina, que deja en la mesita contigua.**) ¿Preparado? Es un segundo. (**Le limpia con el algodón el brazo y le clava la jeringuilla, todo en un alarde de precisión casi profesional.**) ¡Ajajá, listo!

(**Mientras, JORGE se arregla la ropa.**)

Y tómate, de paso, una de estas pastillas. (**Se la sirve.**) ¿Quieres un poquito de agua?

JORGE.- ¿Para qué?

MATILDE.- (**Mira el frasco.**) Son minúsculas. ¿Qué vale este frasquito?

CECILIA.- He echado la cuenta. Sale cada pastilla a más de diez duros.

MATILDE.- (**Saca una y la mira.**) Vamos, el equivalente de una sopa, dos platos y postre en un restaurante de segundo orden.

CECILIA.- No hay proporción.

JORGE.- Realmente, no. (**Se levanta.**) ¿Se marcha, suegra?

MATILDE.- Sí, tengo sesión hoy.

JORGE.- ¿De qué?

MATILDE.- De la Junta Depuradora de Espectáculos y Costumbres. Ya sabes que me nombraron vocal hace un mes.

JORGE.- Es verdad.

MATILDE.- Así que no te hagas ilusiones; vuelvo en seguida.

JORGE.- Adiós, Matilde; gracias por todo. (**Mutis derecha.**)

MATILDE.- En realidad, quien tiene peor cara de los dos eres tú.

CECILIA.- Es posible; apenas si he dormido.

MATILDE.- Pues mira, niña, nada de andarse con bobaditas y no desnudemos un santo por vestir otro.

CECILIA.- No te preocupes, mamá.

MATILDE.- Bueno, bueno. Y escucha, Cecilia. (**Se cerciora de que JORGE se fue y cierra entonces la puerta.**) Lo que voy a decirte es desagradable y puede que tú lo creas hasta de mal gusto. Sin embargo...

CECILIA.- ¿A qué te refieres?

MATILDE.- Todos podemos llegar a los cien años, aunque yo, como es natural, no los confesaría nunca, y ojalá Jorge lo consiga; pero tenemos el deber de arreglar nuestras cosas como si hubiésemos de faltar al día siguiente.

CECILIA.- ¿Qué me quieres dar a entender?

MATILDE.- Yo no sé a nombre de quién está «El Tomillar», si al de tu marido, o al de los dos, o al de su hija..., ni la cuenta del Banco... Ni sé tampoco si tiene hecho testamento, y me parece a mí que, dentro de unos

días, será sensato que trates de averiguarlo y que le insinúes...

CECILIA.- Mamá, ¿me haces el favor de callarte?

MATILDE.- Sí, sí... Contaba con esa reacción, hijita mía: «Ya está mamá, tan indelicada como siempre, tan metalizada, con sus consejos cínicos de costumbre». Bueno, pues no me importa nada de lo que digas, porque mi deber está por encima de todo, y yo tengo una experiencia que tú no tienes, y estoy harta de ver casos desagradabilísimos, ¿te enteras? ¿Y por qué? Siempre por lo mismo, por el descuido, por creerse inmortales; y no lo somos, hija, sino de barro y muy débil, porque «hablar de estas cosas trae mala suerte»... ¡Bobadas! Y el día menos pensado le pasa a uno una desgracia, y se marcha al otro mundo dejando un lío en este que no hay quien lo arregle, y la viuda y los hijos devorados entre los impuestos y la gente de curia.

CECILIA.- Mira, mamá, eso a quien le importa es a mí. Y a nadie más.

MATILDE.- Ay, no, hijita; te equivocas. Y a mí, que soy tu madre, y sintiéndolo mucho, todo menos lo que se llama una viuda rica. Con unas rentitas muy mermadas y con una pensión que... bueno, para qué hablar... Solo te digo que, cada vez que viene el habilitado a traerme doscientas treinta y seis pesetas con quince céntimos, como un obsequio que me hace el Estado por haber aguantado a tu padre, consulado de Tegucigalpa inclusive, veinte años, me entra una risa nerviosa tal, que he de tomar un calmante.

CECILIA.- Ya sabes que no me gusta oírte hablar así de papá.

MATILDE.- Cecilia, ten el orgullo de ser la hija del caballero más grande que ha existido nunca, pero la pesadumbre de serlo también del mayor pelmazo que se ha conocido en lo que va de siglo. Bueno. Y no divaguemos. Te decía que...

CECILIA.- Sí, ya lo sé, mamá, y óyeme de una vez. Si lo que temes es que yo pueda complicarte la existencia, estate tranquila, porque eso no sucederá nunca. Y aunque la imprevisión de Jorge me trajese algún trastorno, cosa que sé que no ha de ocurrir, te equivocas si crees que yo tengo alma para irle a hablar ahora del testamento, de las cuentas corrientes y de todas esas mezquindades.

MATILDE.- Ya se disparó la niña, claro. Me esperaba la rociada. ¿Es preciso oírte?... Lo que yo no sé es lo que pensará de todo esto su hijita Amalia, y, mira, me gustaría saberlo.

CECILIA.- No creo que te dé la razón.

MATILDE.- Pues te diré que la chiquilla, que es de armas tomar, dicho sea de paso, tiene más sensatez que tú y ve las cosas como son y no con esos ridículos escrúpulos tuyos.

CECILIA.- Conforme, mamá. Yo hago lo que me parece bien.

MATILDE.- Y no te enfades. Nada de ponerse así, como si te propusiese un atraco en el Banco de España... Cualquiera con sentido común me daría la razón, que la tengo, hasta decir basta.

CECILIA.- Bien. De acuerdo.

MATILDE.- **(Al borde del mutis.)** ¡Ah, por cierto!... Con las prisas,

he salido de casa sin un céntimo y pensaba comprar unas cosas...  
¿Podrías dejarme algún dinero?

CECILIA.- (**La mira escrutadora.**) ¿Cuánto, mamá?

MATILDE.- (**Un poco turbada.**) Mil pesetas.

CECILIA.- (**Busca en el bolso que dejó en el sofá al entrar.**)  
Tómalas.

MATILDE.- Muchas gracias, hija.

CECILIA.- ¿Sigues jugando al póquer?

MATILDE.- ¡Bah! De Pascuas a Ramos... No creerás que este dinero  
te lo pido por eso.

CECILIA.- Saturnina me contó que, el último jueves, tuviste una  
mala racha.

MATILDE.- También la tal Saturnina podía meterse en sus asuntos y  
dejarnos en paz. La verdad es que lo mismo encuentra tiempo para  
chismorrear que para ponerse en ridículo con Pedrito Atienza, quince  
años más joven que ella y treinta y cinco que su marido... Caramba con  
Saturnina...

CECILIA.- No la hagas y no la temas.

MATILDE.- ¿Sabes lo que me pasó el jueves ese del demonio? Full  
de ases de mano, hija mía, que yo no sé si tú te das cuenta de lo que es  
eso; pero, después de la salud, es lo mejor que puede mandarle a uno la  
Providencia. Y Juana Torrente, que habla con las brujas, roba cuatro  
cartas y liga póquer de reyes. Andrés, su hermano, profesor de la Escuela  
de Caminos, nada menos, tiró de lápiz y calculó que había doce mil  
probabilidades de ganar contra una. Me jugué lo que tenía delante. Y si  
hubiera tenido las minas del rey Salomón, me las juego lo mismo. Doce  
mil probabilidades, ¿comprendes?

CECILIA.- Sí, mamá, sí; comprendo.

MATILDE.- Y no me riñas como si fuera una inconsciente, que el  
póquer no es para mí un censo, sino una rentita, y saneada. Más puedes  
jugarte tú, si te descuidas.

CECILIA.- (**Cortante.**) Ya basta, ¿no?

MATILDE.- Bueno, bueno, no te sofoques. Por tu bien te hablo.  
Piensa lo que te he dicho.

CECILIA.- ¡Mamá!

MATILDE.- Pues no pienses. (**Se va por la izquierda.**)

(**CECILIA se dispone a recoger la jeringuilla de la inyección y  
guardarla en el estuche. ROMUALDO aparece por la izquierda.**)

ROMUALDO.- Señora, ahí está el señor cura de ayer.

CECILIA.- No... Es maravilloso... Que espere un momento.

(**Mutis de ROMUALDO por la izquierda.**)

¡Jorge!

JORGE.- (**Desde dentro.**) ¿Qué hay?

CECILIA.- Ven, haz el favor. Tienes una visita.

JORGE.- **(Saliendo.)** ¿Quién es?

CECILIA.- Hoy por la mañana, cuando salí de casa, intenté dar con el cura que te atendió ayer y no pude conseguirlo. Quería que ya, más tranquilo, hubieses vuelto a hablar con él. Me pareció que eso haría bien a tu alma, a la que conviene un repasito, ¿no crees? Y fíjate, se presenta aquí espontáneamente. ¿Es un milagro, verdad?

JORGE.- Tanto como un milagro... En lo que tú fracasaste, Romualdo acertó, Cecilia. Yo le había dicho que le buscara. Si está en casa es por eso...

CECILIA.- ¿Eres tú entonces quien se lo pidió? ¿Ves cómo, de una o de otra manera, milagro sí lo hay?

JORGE.- A tu gusto, Cecilia.

CECILIA.- **(Se asoma por la izquierda.)** Romualdo, hágale pasar. Abrazame Jorge. **(Le abraza, en efecto.)**

**(Y el señor cura, DON ÁNGEL BERNÁRDEZ, entra por la izquierda. Es un cura rural. Viste una vieja sotana y un viejo manteo. Lleva un desteñado sombrero de teja y un gran paraguas. Tiene un aire a la vez tierno y apicarado. Se comprende que es malicioso y hasta burlón, pero inspira confianza porque se adviene en seguida lo que hay en él de insobornable y de bondadoso. En realidad, DON ÁNGEL BERNÁRDEZ es un cura gallego. Desempeña su ministerio en un pueblecito de la provincia de Orense, y un poco de acento regional no le irá mal del todo. Imprescindible, sin embargo, no es. Y si el actor se siente inseguro y teme dar una versión heterodoxa de ese delicado acento, deberá preferir el suyo propio.)**

JORGE.- **(Muy efusivo.)** ¿Cómo está usted, padre?

ÁNGEL.- Yo, bien, como siempre. **(A CECILIA.)** Y usted, señora, ¿qué?, ¿más tranquila?

CECILIA.- ¡Ay, sí!

ÁNGEL.- Mucho la llamaba ayer... el enfermito.

JORGE.- Me alegra que se lo diga usted, padre.

CECILIA.- ¿Verdad que no tiene mérito acordarse de Santa Bárbara cuando truena?

ÁNGEL.- No me produce esa impresión su marido. Claro, que ayer tronaba lo suyo. **(Transición.)** Buen aire tiene nuestro enfermo. Pero yo creo que debía estar acostado.

JORGE.- Bah, bah, no se preocupe y siéntese, padre. Se fue tan de repente que no pude darle las gracias. Además ignoraba hasta su nombre.

ÁNGEL.- Yo soy el párroco de Puebla de Trives, ¿sabe? Ahí, en la provincia de Orense. Y todos me llaman don Ángel. Ángel Bernárdez es mi nombre, para servirle.

JORGE.- ¡Ah! Bien me sirvió, padre.

CECILIA.- ¿Y dónde le encontraron a usted?

**(ROMUALDO, que vuelve por la izquierda, recoge el paraguas y hace ademán de llevárselo. ÁNGEL no puede evitar una mirada de alarma.)**

ÁNGEL.- ¿Es que... se lo va a llevar usted?

ROMUALDO.- Iba a dejarlo en el perchero. Pero si prefiere...

ÁNGEL.- No, no, lléveselo... Es que yo..., sin mi paraguas..., ando como a la pata coja.

CECILIA.- Hoy es un día de primavera, padre.

ÁNGEL.- La costumbre, señora. Allá, por mi parroquia, no se puede fiar uno. Llueve siempre.

CECILIA.- ¿Y aquí se encuentra usted a gusto?

ÁNGEL.- Le estoy de paso. Politiquerías. Yo hago mucha politiquería... La verdad es que la he hecho siempre... Algunos me lo reprochan, no crea usted. Este curita, siempre con el que manda... Lo pretendo, ¿por qué negarlo? Ahora, no por aprovecharme, se lo aseguro, que yo vivo del aire si es preciso, sino por hacer el bien.

JORGE.- Luego, usted, ¿no reside en Madrid habitualmente?

ÁNGEL.- ¡Qué va! Había venido a ver si conseguía que dieran un empujón a las obras del pantano de la Loira.

CECILIA.- ¿Hay poca agua por Puebla de Trives?

ÁNGEL.- De arriba abajo, toda la que quiera. De los grifos, ya sale menos... Pero no era por eso, no. Es que en el pantano trabajan muchos mozos de la parroquia que viven en unas chabolas. El pantano queda a diez kilómetros de la iglesia, y los domingos no hay quien los traiga a misa. En cambio, apenas hay fiesta en los alrededores, todos los kilómetros les parecen pocos con tal de bailar... Estos mozos de ahora... En resumen: que la única manera de que vengan a misa es que se acabe el pantano.

JORGE.- ¿Y le han dado buenas impresiones?

ÁNGEL.- Mire, malas impresiones no hay quien las dé. La papeleta me la sé de memoria. Parece que ya eran buenas las que le dieron a mi predecesor hace treinta años. Pero, en fin, la esperanza es lo último que se pierde.

CECILIA.- Y ayer..., ¿cómo fue que usted...?

ÁNGEL.- Yo cruzaba la calle cuando salía el criado. Me vio, me contó lo que pasaba y subí en seguida. Pues no faltaba más. Esta mañana me dieron el recado. Y aquí me tiene, muy contento de ver tan animoso y tan sano a nuestro enfermo.

CECILIA.- ¡Qué simpático! Padre, voy a servirle una copita de jerez. ¿Quiere?

ÁNGEL.- No se moleste usted, señora.

CECILIA.- No es molestia ninguna. ¿Le gusta a usted?

ÁNGEL.- Mire, ya en confianza. Prefiero un vasito de vino tinto. Soy un descarado, ¿verdad?

CECILIA.- No, padre, no.

ÁNGEL.- No lo puedo remediar. Le tengo manía al jerez. Cosas de viejo. En cambio, del vino tinto soy bastante buen amigo. Las monjitas de La Puebla aún no se han dado cuenta de esto, y cuando voy a visitarlas, ¡paf!, la copita de jerez. Mi venganza consiste en echarles unas avemarías de más a la hora de la penitencia.

CECILIA.- Adelante con el vino. **(Vase por la derecha.)**

JORGE.- **(Conmovidamente.)** Padre, lo de ayer fue providencial. Necesito hablar con usted.

ÁNGEL.- Pues aquí me tiene a su disposición para cuanto guste, hijo mío.

JORGE.- Sí, sí, he de hablarle... A nadie mejor que a usted.

ÁNGEL.- Como quiera.

JORGE.- Es Dios quien le envía.

CECILIA.- **(Por la derecha.)** Veamos qué le parece, padre. **(Trae una botella y unas copas.)**

ÁNGEL.- Mucho ojo, señora. Soy un perito en la materia, aunque me esté mal el decirlo.

CECILIA.- ¡Huy, es para echarse a temblar entonces!

ÁNGEL.- ¿Usted no bebe, señora?

CECILIA.- Por no dejarle solo.

ÁNGEL.- Pues... a la salud de nuestro enfermo.

JORGE.- Me gustaría corresponderle de la misma manera, pero, al parecer, no me conviene.

ÁNGEL.- **(Bebe su copa.)** ¡Caramba, qué rico! Beberé otra por usted.

CECILIA.- Le mandaré a su parroquia unas cajas. Lo traen de «El Tomillar», una finca nuestra. ¿Me lo permite?

ÁNGEL.- Ya lo creo que se lo permito... Y muy reconocido. Lo utilizaré como arma secreta para mi apostolado.

CECILIA.- ¿Ah, sí?

ÁNGEL.- A más de uno y de dos, que andan bastante descarriados, los meteré en casa con el aquel del vino... Y acabarán hincando el pico y yendo a misa, como que me llamo Ángel.

CECILIA.- Pues cuente con mi ayuda.

JORGE.- Y ahora, Cecilia, ¿te importaría dejarme que hablase unos minutos con el padre?

CECILIA.- De ninguna manera. Al contrario. **(A DON ÁNGEL.)** Es muy bueno..., solo que si viviese en su parroquia sería de los que usted tendría que convidar a su casa... Adiós, padre.

ÁNGEL.- Usted lo pase bien, señora.

**(Vase CECILIA por la derecha.)**

JORGE.- Padre, de haberme muerto ayer, ¿me habría salvado?

ÁNGEL.- Hombre..., eso nadie lo puede decir; pero si su deseo de confesar sus pecados era sincero, ¿por qué iba a faltarle la Bondad Divina?



JORGE.- Su absolución era la que me abría esas puertas, ¿no?

ÁNGEL.- Y su contrición... y su propósito de enmienda..., todo junto.

JORGE.- *Sub conditione*, ¿fue así como me absolvió usted?

ÁNGEL.- Justo.

JORGE.- De mis crímenes, si alguno he cometido; de mis deberes con la Iglesia incumplidos, de mi falta de caridad...

ÁNGEL.- (**Gravemente.**) De todo, hijo mío.

JORGE.- Pero una vez pasado el peligro de muerte, si yo quisiera convalidar aquella absolución y le contara a usted, arrodillado en su confesionario, todas mis culpas, acaso usted, antes de dármela, exigiría de mí..., no sé cómo explicarle..., pruebas de que mi arrepentimiento era sincero. ¿Verdad, padre?

ÁNGEL.- Probablemente; pero explíquese...

JORGE.- Por ejemplo: si resultase que yo tenía otro hogar, otra mujer con la que me uniese una relación ya antigua... Usted me exigiría romper con ella, ¿no?

ÁNGEL.- (**Le mira indagadoramente.**) Claro...

JORGE.- No me mire usted de esa manera, don Ángel. Ese no es mi caso. Estoy enamorado de mi esposa y solo ella me interesa.

ÁNGEL.- Ya lo supongo.

JORGE.- Y si yo le hubiese dicho: padre, esta casa, estos muebles, «El Tomillar», nada es mío. Todo es el fruto de un despojo, de un fraude inaudito, de un robo, vaya, ¿a qué andar evitando esa palabra? ¿Qué me habría contestado usted?

ÁNGEL.- (**Atónito.**) Pero, hijo mío...

JORGE.- ¿Me habría absuelto? Contésteme... O me habría exigido antes...

ÁNGEL.- (**Le ataja.**) Su restitución.

JORGE.- Justo. Dar a su dueño lo que es suyo; dárselo, sin regateos, sin excusas, ¿verdad?

ÁNGEL.- Sí.

JORGE.- Pues ese es mi caso, padre. Nada de cuanto tengo me pertenece: lo he robado, ¿me comprende usted?, lo he robado. (**Dobla una rodilla en tierra.**) ¡Y yo quiero ser absuelto!

TELÓN

△▽

## Cuadro II

La escena es la misma del cuadro anterior. Han transcurrido tres días desde la terminación del primero. Al levantarse el telón,

**ALEJANDRO está en escena. AMALIA entra por la lateral derecha.**

ALEJANDRO.- Buenos días, Amalia.

AMALIA.- Hola, Alejandro.

ALEJANDRO.- ¿Cómo va ese noviazgo?

AMALIA.- Muy bien. Buscaba a Romualdo... ¡Ah, aquí está! **(Se dirige a él.)** ¿No hay nada para mí?

ROMUALDO.- Nada, señorita.

AMALIA.- Pero habían llamado a la puerta ahora mismo.

ROMUALDO.- Era una factura... No se preocupe, señorita: ya sabe que siempre le entrego las cartas en el acto.

AMALIA.- No es una carta lo que espero... ¿Qué hora tienes, Alejandro?

ALEJANDRO.- Son las doce... casi. ¿Aguardas a Juan?

AMALIA.- Sí.

ALEJANDRO.- ¿Venía en tren?

AMALIA.- No; había salido en coche a las ocho.

ALEJANDRO.- Demasiado pronto me parece que cuentas con él.

**(Se oye un timbre en la lateral izquierda.)**

AMALIA.- Lllaman, Romualdo.

ROMUALDO.- En seguida. **(Mutis de ROMUALDO por la izquierda.)**

**(AMALIA se asoma, llena de nerviosismo. Al cabo de unos segundos hace un gesto de desencanto.)**

ALEJANDRO.- ¿Qué? ¿Otra factura?

AMALIA.- ¡Qué sé yo!... En todo caso, no es Juan. **(E inicia el mutis por la lateral derecha.)**

**(JORGE se cruza con ella.)**

JORGE.- ¿Qué te pasa, Amalia?

AMALIA.- Nada, papá. Pero después he de hablarte. **(Mutis.)**

ALEJANDRO.- Hola, Jorge. ¿Qué tal?

JORGE.- Bien. ¿Abriste la caja fuerte?

ALEJANDRO.- Sí.

JORGE.- ¿Te dieron mi recado? ¿Me traes la escritura de «El Tomillar»?

ALEJANDRO.- **(Saca de la cartera de piel unos papeles.)** Si, aquí la tienes. Hay también unos planos.

JORGE.- Dámelos. Y dime, ¿qué sabes de Gervasio Quiroga?

ALEJANDRO.- Creo que en seguida le pondrán en libertad. **(Con ironía.)** ¿Puedes esperar hasta entonces para que le dé tu recado o he de ir yo, personalmente, a mandarle un papelito con tu mensaje dentro de un pan? **(Ahora la cólera sucede a la ironía.)** ¡Oh, Jorge, esto es absurdo...!

JORGE.- **(Seco.)** De una vez por todas, te ruego, Alejandro, que, en el tiempo que sigamos juntos, no discutas mis órdenes.

ALEJANDRO.- **(Cortado.)** Está bien, Jorge.

JORGE.- Irás a verle y le dirás que necesito hablarle. Quiero que le anticipes, también, el dinero que le haga falta para el viaje.

ALEJANDRO.- Como gustes.

JORGE.- Mis señas, supongo que las conoce. Díselas, por si acaso.

ALEJANDRO.- ¿Piensas recibirle en tu casa?

JORGE.- Sí.

ALEJANDRO.- Perfectamente.

JORGE.- Hasta mañana, entonces.

ALEJANDRO.- Hasta mañana. **(Se detiene.)** Un momento, Jorge. A mí no me gustan las cosas a medias. Has dicho algo que, en otras circunstancias, ni me habría llamado la atención; pero en estas, sí. «El tiempo que sigamos juntos»... ¿Es que piensas prescindir de mí?

JORGE.- **(Le mira un poco enigmáticamente. Se le acerca. Le aprieta el brazo.)** Alejandro, mi querido Alejandro: mi vida va a ir por caminos distintos de los que siguió hasta hoy... Espero que, cuando llegue ese momento, sabrás comprender. Te consta que nunca te he ocultado nada. Perdóname, si no puedo ser más explícito.

ALEJANDRO.- Como gustes. Hasta mañana, Jorge.

JORGE.- Adiós, Alejandro.

**(Mutis de ALEJANDRO por la izquierda. JORGE se queda unos segundos pensativo. AMALIA regresa por la derecha.)**

AMALIA.- ¿Estás solo, papá?

JORGE.- Sí, hija.

AMALIA.- ¿Y con cinco minutos libres?

JORGE.- Y aun con diez. ¿Qué te pasa?

AMALIA.- Ni nada grave ni nada que haya de sorprenderte mucho.

JORGE.- Veamos.

AMALIA.- Papá: estoy esperando a Juan.

JORGE.- ¡Ajá!

AMALIA.- Ayer me telefoneó y me dijo que quería hablarte. **(Pausa.)** ¿Te imaginas de qué?

JORGE.- Aproximadamente.

AMALIA.- Juan desea casarse conmigo.

JORGE.- Ya lo supongo. Y tú con él. ¿No es así?

AMALIA.- Sí. Juan está a punto de llegar. Viene en coche... Y me ha preguntado si podría hablar contigo hoy por la tarde.

JORGE.- **(La mira, a medias misterioso, a medias abstraído.)** No; hoy, no.

AMALIA.- ¿Por qué, papá?

JORGE.- Tengo que ordenar unos asuntos.

AMALIA.- ¿Mañana, entonces?

JORGE.- **(En el mismo tono.)** Tampoco, Amalia.

AMALIA.- No te entiendo... ¿Es que no piensas recibirle?

JORGE.- ¿Quién dice tal cosa?

AMALIA.- Juan se vuelve a marchar en seguida. No pretenderás hacerle un desaire.

**(JORGE le replica con un gesto ambiguo.)**

Escucha, papá. Tú rechazaste la invitación de su padre para ir unos días a Valnueva. ¿Tiene esto que ver con tu actitud de hoy?

JORGE.- Acaso sí.

AMALIA.- ¿Te ha pasado algo con Juan?

JORGE.- Nada, hija mía, te lo aseguro.

AMALIA.- Yo recuerdo que los primeros elogios que he oído de él fueron tuyos. ¿Qué ha podido suceder que te haya hecho cambiar de opinión?

JORGE.- Nada, Amalia.

AMALIA.- Juan está enamorado de mí y yo de él.

JORGE.- Así lo supongo.

AMALIA.- Si un día pareció que dudaba, hoy ya no. Y piensa casarse. ¿A qué viene ahora esa actitud tuya?

JORGE.- Cálmate, Amalia. Te equivocas si crees que Juan no me merece las mismas simpatías que antes. Pero puesto que me pides explicaciones, con ese ímpetu, por cierto, con esa falta de respeto que demuestra tu pasión por él, te diré muy claramente que, hasta dentro de unos días, no le recibiré.

AMALIA.- ¿Te opones a que sigamos adelante? ¿A que nos casemos?

JORGE.- No, Amalia. Te digo tan solo que, de momento, no considero oportuno recibirle. **(Con súbita violencia.)** ¿O ha de ser Juan quien ha de fijar el día?

AMALIA.- ¿Y qué excusa puedo darle?

JORGE.- De mi parte, ninguna. Si a ti se te ocurre alguna, dásela. Mi salud, por ejemplo.

AMALIA.- Sabe de sobra que estás bien.

JORGE.- Pues inventa otra, si te apetece.

**(AMALIA le mira de hito en hito, no comprende lo que sucede. De pronto se echa a llorar.)**

Pero, Amalia... ¿Se puede saber a qué vienen esas lágrimas?

AMALIA.- ¿Y tú me lo preguntas?

**(CECILIA aparece en la derecha.)**

CECILIA.- ¿Qué sucede?

JORGE.- Nada, nervios de Amalia.

AMALIA.- **(Colérica.)** ¡Tuya es la culpa! **(Y hace mutis por la**

derecha.)

CECILIA.- ¿Qué ha pasado?

JORGE.- Cecilia: el novio de Amalia pensaba hablar hoy conmigo para informarme oficialmente de sus relaciones con mi hija. Yo le he dicho que aplase esa visita unos días.

CECILIA.- ¿Te encuentras mal?

JORGE.- No; pero mañana, pasado... o al otro, necesito tomar una determinación muy seria. Y antes de que Juan la conozca, me parece indelicado de mi parte el escucharle.

CECILIA.- ¿Qué determinación?

(JORGE cierra las puertas.)

Me asustas, Jorge.

JORGE.- Cecilia: durante muchos años he guardado dentro de mí un secreto grave. Mil veces he estado a punto de revelártelo. Tú sabes que te quiero... Si no, me habría sido menos difícil guardarlo. Pero cuando se quiere, eso se hace muy cuesta arriba.

CECILIA.- (**Pálida.**) ¿De qué me hablas, Jorge?

JORGE.- Sobre todo, en los primeros tiempos, esa carga me pesaba horriblemente. Lo que me dio fuerzas para soportarla fue pensar que, acaso, librarme de ella podría costarme tu cariño. ¿Te acuerdas cómo nos conocimos, Cecilia?

CECILIA.- Qué pregunta tan inútil, Jorge. ¿Cómo podría olvidarlo?

JORGE.- ¿Qué sabías de mí cuando nos encontramos, tú, recién llegada de San Sebastián, yo de vuelta del frente, con una licencia de dos semanas?... Que no era un cobarde. Te gusté, eso fue todo. Un oficialito, con su aureola de héroe y de viudo, que tampoco es despreciable, mandaba mucho sobre el corazón de una chiquilla de veinte años. Y aquella Amalita de mil novecientos treinta y ocho, con su media lengua, con sus trencitas, con su aire desvalido, también era un tanto a mi favor. Por entonces se habló de que mi padrino me había dejado heredero de «El Tomillar». Yo era, en consecuencia, un hombre rico, que no tenía nada que temer a la vida, aunque me la jugase a diario. ¿Sabías algo más de mí?

CECILIA.- Cuando nos besamos la primera vez, ni eso siquiera.

JORGE.- (**Se enfrenta a ella patéticamente.**) Hoy tampoco sabes nada, Cecilia. Yo he robado «El Tomillar».

CECILIA.- ¿Qué dices, Jorge?

JORGE.- Mi padrino no hizo testamento a mi favor.

CECILIA.- ¿Cómo?

JORGE.- Yo entré en Badajoz con las fuerzas que lo ocuparon. Mi padrino había sido asesinado pocas semanas antes. Fui al pueblo donde vivía... Acababan de encarcelar al oficial de la Notaría, cómplice de no sé cuántas monstruosidades cometidas durante el mando rojo. Él me contó que, en su testamento, mi padrino nombraba heredero de sus bienes a Gervasio Quiroga, un hijo natural suyo. «Pero eso podía arreglarse», me

insinuó, comprendiendo que su suerte estaba en mis manos. Era lo que me ofrecía, a cambio de su libertad y de su vida. Accedí. Lo arregló, en efecto; tal vez no era demasiado difícil. Los testigos habían desaparecido.

CECILIA.- (**Anonadada.**) ¡Jesús!

JORGE.- Jamás se ha quitado a nadie nada suyo con más impunidad. Que mi padrino tuviera un hijo natural, pocos lo sabían; que su heredero fuera yo, su ahijado, ¿a quién iba a sorprenderle? «El Tomillar» pasó a mis manos de la manera más sencilla del mundo. Si yo te hubiese contado todo esto al conocerme, me habrías rechazado. Por eso callé, porque te perdía si te lo confesaba. Mala cosa es llevar tanto tiempo el peso de ese secreto dentro de uno, pero peor sería haberte perdido.

CECILIA.- ¡Qué espanto!

JORGE.- Ahora..., no sé..., me parece que nos unen muchos años de vida juntos y que tú podrás encontrar, para perdonarme, razones que antes no existían. Ahora, a ti te interesa también el perdonarme, Cecilia. Has de vencer tu desprecio hacia mí, porque, si no, nuestra felicidad sería imposible. Yo te he mentado, no solo por lo que oculté, sino porque me he presentado ante ti distinto a como era, como un hombre digno, y no lo soy.

CECILIA.- ¡Pero Jorge, pero Jorge...! (**Oculto la cabeza entre las manos.**)

JORGE.- Cecilia...

CECILIA.- (**Le rechaza.**) ¡Déjame! Es verdad. Me has engañado. Si me cuesta trabajo creer lo que me estás diciendo. Necesito oírte, Jorge, para convencerme; si me lo hubieras escrito, juraría que alguien había falsificado tu letra... Porque es como verte viejo de pronto... Y peor aun, porque cuando seas viejo serás tú mismo. Y ese del que me hablas, ese que hizo esa... villanía, no eres tú, sino otro, con el que no tengo nada que ver y al que no he hablado en mi vida. ¡Claro que me hubieses perdido! ¡No te equivocas, no! (**Transición.**) ¿Qué te pasó? ¿Qué ángel malo te inspiró esa monstruosidad, Jorge?

JORGE.- La fábrica de que vivíamos había sido destruida por completo. Yo pensaba con inquietud: si una bala me quita de en medio, ¿qué será de mi hija? «El Tomillar» me dejaba tranquilo. Además, Gervasio Quiroga era, aunque solapadamente, un enemigo. «El Tomillar» me pareció botín de guerra. ¡Ah!, si te hubiese conocido ya, no lo habría hecho, te lo juro. Tú me habrías defendido de la tentación con tu sola presencia. Porque todo lo que he procurado, desde que te conozco, es ser digno de tu cariño, ganarte a pulso, a fuerza de limpieza.

CECILIA.- ¡Ay, Jorge! ¿Cuál de los dos es el hombre al que yo he querido? ¿Este, que ha estado junto a mí hasta hoy y que yo creía el mejor del mundo, o ese otro, capaz de las cosas horribles que me has contado? ¿Cuándo has sido más verdadero, más tú mismo? ¡Ah! ¿Te das cuenta, Jorge, del daño que me has hecho? Ya no sé lo que manda en ti, si lo bueno o lo malo, y cómo juzgarte, si por lo que has hecho de bueno en quince años de matrimonio, o de malo en un momento de tu vida anterior.

JORGE.- Júzgame como quieras, Cecilia. Sé que toda la razón está de tu parte.

CECILIA.- Y lo curioso es que aún no te he preguntado... ¿por qué, si callaste tanto tiempo, has confesado ahora? ¿Qué sucede? ¿Te han descubierto? ¿Ha habido alguna denuncia? **(Se acerca a él, temerosa de que algún riesgo le amenace, como si su amor la empujase a protegerle por encima de todo.)**

JORGE.- No, nada de eso. **(Sarcástico.)** Mi despojo fue una obra maestra. Solo los muertos podrían descubrirlo y es poco probable que lo hagan.

CECILIA.- **(Se queda un segundo en silencio.)** Dime, Jorge... ¿Por qué te inmutaste tanto cuando supiste que acusaban a Gervasio Quiroga?

JORGE.- Si Gervasio Quiroga disfrutase la fortuna de la que le había despojado yo, no habría participado, ni de lejos ni de cerca, en esa operación de contrabando. En aquel segundo terrible, yo me consideré responsable de su delito y pensé que, fuese lo que fuese lo que hubiera hecho, yo mismo lo había hecho. Y la emoción fue más fuerte que yo mismo. Y no supe resistirla. Lo que yo he tenido es eso: un ataque al corazón, allí donde repercute todo, la alegría y el dolor... y el remordimiento...

CECILIA.- ¿Y por qué no pusiste a Quiroga a salvo de la tentación, por qué si le quitaste «El Tomillar» no le permitiste que ganase la vida con holgura...? ¿No le debías eso por lo menos?

JORGE.- Gervasio Quiroga no me habló nunca de «El Tomillar», pero me miró muchas veces a la cara, frente a frente... y yo no siempre supe mantener su mirada. Sí, a mí me habría adormecido un poco la conciencia verle sin problemas y sin hambre, pero temí que si yo le ayudaba directa o indirectamente, sus sospechas aumentasen. Temí que, un día cualquiera, me dijese: «Ya sé por qué me ayuda, por qué me prefiere». Y quise evitarlo.

CECILIA.- ¡Qué espanto...!

JORGE.- También la maldad le emborracha a uno como el vino, Cecilia. Y hubo un momento en el que, por defenderme de aquella sombra de peligro que significaba para mí su simple existencia, hubiera sido capaz de todo.

CECILIA.- Entonces, hoy por hoy, ¿nada temes de Quiroga?

JORGE.- Nada.

CECILIA.- ¿Y de los otros?

JORGE.- Cecilia, no hay más que muertos en todo este asunto. Muerto mi padrino, el oficial de la Notaría, los testigos... En aquel pueblo de Extremadura, la Guerra Civil dejó pocos supervivientes.

CECILIA.- Y si nadie te amenaza, ¿por qué has roto tu silencio?

JORGE.- **(Sombrío.)** Dios me amenaza.

CECILIA.- ¿Dios?... Escucha, Jorge. Yo sé bien lo que es Dios para ti. Una sombra, un nombre que usas de cuando en cuando, pero en el que no crees.

JORGE.- Ya no es así. Le he visto muy de cerca y he aprendido a temerle.

CECILIA.- ¿Qué quieres darme a entender?

JORGE.- Durante muchos años, Dios ha sido para mí eso que tú dices: un lugar común, una referencia... Desde hace unas horas, todo ha cambiado en mí. Era mi vida la que perdía, pero a Él a quien encontraba en aquel pozo sin fondo donde caía. Vi a Dios casi físicamente. Por eso sé lo amenazado que estuve de morir.

CECILIA.- ¡Ay, Jorge...; ay, Jorge!

JORGE.- De pronto, no sé por qué -tú me hablabas de mis años de colegio hace poco, ¿recuerdas?- me vinieron a la memoria unos versos que recitábamos, como una oración, casi a diario, y que me llenaban de miedo entonces. Óyelos, Cecilia. ¿No es espantoso lo que dicen?

Yo, ¿para qué nací? Para salvarme.

Que tengo que morir es infalible.

Dejar de ver a Dios y condenarme  
triste cosa será, pero posible.

¿Posible, y río y duermo y quiero holgarme?

¿Posible y tengo amor a lo visible?

¿Qué hago, en qué me ocupo, en qué me encanto?

Loco debo ser, pues no soy santo.

¡Ah, Cecilia, te lo aseguro! Sentí el mismo miedo que cuando los oí la primera vez o mayor todavía. ¿Me comprendes?

CECILIA.- Sí, Jorge, sí.

JORGE.- Me prometí a mí mismo que, si me libraba de aquel trance, rectificaría mi conducta pasada. Entendí mi ataque como un aviso providencial que se me daba a mí y que no se da a todos; ni se da siempre, de arrepentirme, más concretamente aun, de salvarme. Y no quiero desoírlo. Por eso pedí a don Ángel que volviese a verme.

CECILIA.- ¿Qué piensas hacer, Jorge?

JORGE.- Lo necesario para que se me absuelva. Pero antes he de saber si cuento contigo, si estás a mi lado de todo corazón y dispuesta a ayudarme.

CECILIA.- Yo...

JORGE.- Escúchame, Cecilia: dame fuerzas para que esa resolución que tomé cuando me creí cercano a la muerte no se venga por tierra, ahora que me siento fuera de peligro. Empiezo a oír dentro de mí muchas voces que me aconsejan mal. Ayúdame tú a que sea la de Dios la que yo escuche sobre todas. ¿Cuántas veces me has dicho al verme solo, alejado de las cosas de la religión, que era eso lo que te impedía ser feliz por completo? Pues ahora tienes en tu mano mi conversión: ayúdame.

CECILIA.- Bien. ¿Qué pretendes?

JORGE.- Devolver «El Tomillar» a su legítimo dueño.

CECILIA.- (**Abrumada.**) Jorge...

JORGE.- ¿Comprendes lo que significa?



CECILIA.- Sí.

JORGE.- No tenemos otra fortuna ni otros medios de vida que los que nos vienen de la finca.

CECILIA.- Ya lo sé.

JORGE.- Es quedarnos con el día y la noche, empezar de nuevo, lo que eso traerá consigo.

CECILIA.- Sí, Jorge.

JORGE.- ¿Estás dispuesta a ayudarme a que repare el daño que cometí? ¿Cuento contigo? No, no me contestes ahora. Es una pregunta demasiado grave para que me respondas sí o no, sin que antes lo hayas pensado a fondo. Mañana, pasado, cuando lo creas oportuno, entonces...

CECILIA.- **(Sin demasiada convicción, opacamente.)** No, Jorge; lo tengo pensado ya. Cuenta conmigo.

**(JORGE la mira a los ojos. Hay una pausa de unos segundos.)**

JORGE.- **(Emocionadamente la abraza.)** ¡Oh, Cecilia!

**(CECILIA ha jugado con su pañuelo en la última parte de la escena. Ahora se le cae de la mano mientras se deja abrazar, aterrada e inerte, por JORGE.)**

TELÓN

## Parte II

△▽

### Cuadro I

△▽

**El mismo decorado. Al levantarse el telón, está en escena CECILIA, que se pasea de arriba abajo y mira el reloj con cierta nerviosidad. Al cabo de unos segundos, ROMUALDO aparece por la izquierda.**

ROMUALDO.- Ha llegado la señora. **(Mutis derecha.)**

CECILIA.- ¡Ah! **(Se acerca a la puerta de la izquierda.)**

**(MATILDE, en efecto, entra por ella.)**

MATILDE.- ¿Qué hay, hija?

CECILIA.- Hola, mamá.

MATILDE.- ¿Tu marido...?

CECILIA.- Descansa un poco.

MATILDE.- ¿Podemos hablar entonces?

CECILIA.- Sí.

MATILDE.- Bueno. ¿Quieres explicarme lo que sucede?

Comprenderás que cuatro palabras dichas precipitadamente con el miedo de ser sorprendidos, como dos novios, no me sirvan de mucho y que necesite algunas más.

CECILIA.- Mamá, créeme, me es muy penoso darte los detalles que me pides. ¿Para qué te hacen falta? Lo esencial ya lo sabes. «El Tomillar» no es de Jorge. Y Jorge está resuelto a devolverlo a su dueño.

MATILDE.- Escúchame, hija. ¿Es que tu marido se ha trastornado?

CECILIA.- Ay, mamá, te suplico...

MATILDE.- No creas que te lo pregunto a humo de pajas ni en broma, no. Te lo digo con toda seriedad. Y aun podría tener motivos, dicho sea de paso. La crisis que ha sufrido es bastante grave y de las que dejan huellas.

CECILIA.- No, mamá. Jorge está completamente cuerdo. Como tú y como yo.

MATILDE.- Eso, permíteme que lo dude. Tu marido siempre fue un poco extraño.

CECILIA.- No, mamá, no tienes razón para hablar así. Lo que pasa es que tú nunca fuiste santo de su devoción.

MATILDE.- Eso es en lo único que demostraba su normalidad. Ya ves que no me duelen prendas.

CECILIA.- ¿Y en qué no?

MATILDE.- Su carácter está lleno de altibajos, de extremismos... Todo le parece o muy bien o muy mal. No es un hombre de términos medios, Cecilia. Las mujeres, según él, son unas santas o unas perdidas. Los hombres, o unos genios o unos imbéciles, o unos ángeles o unos indeseables. Y el mundo anda lleno de gentes que da la casualidad de que no son ni lo uno ni lo otro. Yo, por ejemplo. **(Transición.)** Pero, bueno, no hemos venido aquí a hacer un estudio psicológico de tu marido. Esa venada, ¿cuándo le dio?

CECILIA.- Ya te lo expliqué: ayer.

MATILDE.- Devolver «El Tomillar»... ¡Será insensato! Y a ese contrabandista de Gervasio Quiroga.

CECILIA.- Es que, contrabandista o no, es su verdadero dueño, mamá, ya te lo he dicho. ¿Cuántas veces habrá que repetírtelo?

MATILDE.- El hijo del padrino de Jorge... Si era casi público... Pues mira qué momento ha elegido tu marido. Por un lado, «El Tomillar», premio a la buena conducta. Del otro, la cárcel. Ya me dirás cuándo va a poder saborearlo su flamante dueño.

CECILIA.- Ay, mamá, por Dios...

MATILDE.- Sí, sí, que no me vaya por las ramas, ¿verdad? ¿Eso es lo que quieres decirme?

CECILIA.- Pues... sí.

MATILDE.- Bien. De acuerdo. Concretemos. ¿Cómo te ha planteado la cosa? ¿Como una decisión suya? ¿O te ha consultado?

CECILIA.- ¡Qué sé yo...! Un poco de las dos maneras. En realidad, mamá, lo que ha hecho es pedirme que le ayude a... ponerse en paz con

su conciencia.

MATILDE.- Mujer, ahora has usado una buena palabra. ¿Y la conciencia no le remorderá si deja en la calle a todos los suyos? ¿Eh? Porque esta casa, Cecilia, y tú lo sabes mejor que nadie, la mantiene «El Tomillar» única y exclusivamente. Aquí no entra un céntimo que no traiga ese origen. Vivís del maíz de «El Tomillar» y del trigo y las vacas de «El Tomillar». ¡Ah, no importa reconocer las cosas como son! ¡Y vivo!

CECILIA.- Pero resulta que no tenemos derecho, ¿te enteras?

MATILDE.- Ya, ya... Bien. ¿Y qué? ¿Vas a darle gusto y a ayudarle, como te pide, a cometer ese disparate?

CECILIA.- **(Indecisa.)** Yo...

MATILDE.- Tú, claro, que por algo has sido siempre doña dudas, estás en un mar de confusiones, ¿no es así?

CECILIA.- Es que...

MATILDE.- ¿Qué me vas a decir a mí, Cecilia? Pues óyeme: tu caso es muy clarito. Tú tienes que defender muchas cosas: vuestra felicidad, vuestro nombre, hasta el de su hija, que parece importarle muy poco. Y para defenderlo no hay sino un camino: el de quitarle de la cabeza tanto histerismo y hacer que se deje de pamplinas. ¿Qué le contestaste cuando te habló?

CECILIA.- **(Como si apartase un mal pensamiento de la cabeza.)** Qué sé yo, mamá...

MATILDE.- No te habrás comprometido como una niña ingenua, supongo...

CECILIA.- No sé, no sé...

MATILDE.- Mira, lo que me gustaría es enterarme de quién fue el gracioso que le inspiró esa actitud tan... melodramática.

CECILIA.- ¿Quién ha de ser? El sacerdote que le asistió cuando su ataque.

MATILDE.- ¡Ah, claro, ya me lo barruntaba yo! El curita ése gallego, ¿no?

CECILIA.- Sí.

MATILDE.- ¡Demonio de curita! Ya podía quedarse en su Compostela y no buscarnos conflictos.

CECILIA.- Cualquiera otro le habría aconsejado igual.

MATILDE.- Escucha, Cecilia. Esos curitas están bien, para lo que hacen, en sus aldeas, con sus beatas y sus niños pequeños o casando a los señorones de los pazos *in articulo mortis* con sus criadas; pero, en cuanto vienen a la ciudad, arman siempre la de Dios es Cristo. ¿Tú crees que don Sebastián nos habría metido en esta zarabanda?

CECILIA.- ¿Quién es don Sebastián?

MATILDE.- Ahora resulta que no le conoces: mi director espiritual, hija. ¿O es que crees que no tengo director espiritual?

CECILIA.- Y si es verdad que lo tienes, ¿por qué no le consultas a él?

MATILDE.- Te diré francamente: tampoco quiero exponerme. Sería una buena broma que le diera la razón..., por compañerismo, a su colega de Compostela.

CECILIA.- De Puebla de Trives.

MATILDE.- Para mí, Galicia es Compostela, hijita. Y yo me entiendo.

CECILIA.- **(Con vehemencia, situando la conversación en su centro de gravedad.)** ¿Qué hago, mamá?

MATILDE.- ¿Qué te dice el corazón que debes hacer?

CECILIA.- ¡Oh, es un caos mi corazón!... a ratos se pone a su lado y me empuja a ayudarle. Otros, se asusta como un caballo delante de un obstáculo que no se atreve a saltar... y retrocede... Ayer, cuando Jorge me habló por primera vez, reconozco que me dejé ganar por él... Parecía un iluminado. Solo que después...

MATILDE.- Sí, claro, abriste los ojos y comprendiste que lo que te proponía era un absurdo.

CECILIA.- Absurdo..., no.

MATILDE.- Sí, hija, sí, y de los más grandes de que he oído hablar en los últimos veinte años. Solo que, o poco he de poder, o no se saldrá con la suya.

CECILIA.- ¿Qué te propones?

MATILDE.- Primeramente, ¿qué opina su hijita?

CECILIA.- Aún no lo sé.

MATILDE.- ¿Le ha planteado la papeleta?

CECILIA.- Sospecho que no.

MATILDE.- Pues estoy que me muero de ganas de saber qué le contesta, que la niña tiene un carácter suave... Claro que yo le disculparía cualquier rabotada. Y más en vísperas de boda...

CECILIA.- Amalia se casará y...

MATILDE.- ¡Huy, huy, huy!... Sí, claro, se casará. Pero tal vez con Juan no.

CECILIA.- ¿Por qué lo supones?

MATILDE.- Porque el tal Juan es un niño muy presumido y muy bonito y con muchas pretensiones. Y su padre, bueno, su padre, ¿para qué hablar? Aparte de ser el fantoche más tonto de las cuarenta y nueve provincias españolas...

CECILIA.- Son cincuenta y dos, mamá.

MATILDE.- Escucha, Cecilia. Tú no pretenderás que yo sea toda la vida alumna de tercer año de bachillerato. Cuando yo estudié Geografía, y muy bien por cierto, España tenía cuarenta y nueve provincias y para mí sigue teniéndolas. Aun te diré más: para mí sigue existiendo el imperio austrohúngaro. Los países de Europa habrán reconocido la República de Viena, pero yo no. Hay que ser serios, caramba. Una aprende sus mapas de una vez para todas y no va a estar cambiándolos cada seis meses porque se le antoje a tres o cuatro politiquillos o a otros tantos generales revolverlo todo. Demonio con la mocosa: ¿crees que es

este el momento de hacer de maestra de escuela? Y lo peor es que me has quitado el hilo y ya no sé por dónde iba.

CECILIA.- Sí, mamá, hablábamos de Juan.

MATILDE.- No me despistes, hablábamos de su padre, y decía que era un tonto, haciéndole un favor. Pero, a pesar de lo tonto que es, ya verás en el momento en que se entere de lo de «El Tomillar», cómo coge el primer tren que salga para Madrid y lo que nos cuenta...

CECILIA.- Sí..., eso ya lo he pensado yo.

MATILDE.- ¡Y qué demonio, tendrá razón! Va mucha diferencia de que su Juan se le case con una muchachita bien situada económica y socialmente, a que lo haga con la hija de un señor que declara que ha birlado a otro, con malas artes, la mejor finca de regadío de Extremadura. Y yo, en el fondo, qué quieres, estaré de acuerdo con él.

CECILIA.- Vamos a suponer que yo lo estoy contigo, mamá. ¿Qué camino crees que he de seguir para que...?

MATILDE.- Amalia es la baza que tú tienes que jugar. Tú debes decirle: «A mí, por mí, ni preocuparte. Pero ¿y tu hija, has pensado en tu hija?». ¿Comprendes? Defiéndete tú, de manera que parezca que la defiendes a ella. Por lo menos, gana tiempo. Dile que hacer eso antes de que se case es poner en peligro su porvenir; que aguarde... un año... o unos meses.

CECILIA.- Se negará, estoy segura.

MATILDE.- Acaso no. Y si accede, la victoria es nuestra. Sí, sí, Cecilia; ahora le ha dado heroica, pero cada momento que pase se le irá llevando un poco de decisión y haciéndole flaquear. Estos son los días terribles. Si salimos de ellos, podremos descansar tranquilos.

CECILIA.- No sé, no sé.

MATILDE.- Hazle que mida las consecuencias del paso que intenta dar. Amenaza con...

CECILIA.- **(Desarmada.)** ¿Con qué, mamá?

MATILDE.- Con lo que sea. Con marcharte de casa, si es preciso.

CECILIA.- ¡Bah, bah! ¡Qué disparate! ¿Adónde voy a ir?...

MATILDE.- **(Se le acerca. Le habla con una terrible violencia.)** ¡Majadera! Me abochorna que seas hija mía. Eres débil, incapaz de defender con uñas y dientes tu felicidad de los ataques de un desquiciado. Acabarás tirándolo por la borda todo: el pan que comes y el prestigio que tienes. Entonces vendrán las lamentaciones. «Si yo hubiera hecho esto o aquello...». Hazlo ahora mismo, antes de que sea demasiado tarde.

CECILIA.- Mamá, piensa de mí como gustes. No me siento capaz de dar esa batalla.

MATILDE.- Yo seré entonces quien la dé por ti.

**(Por la izquierda entra ALEJANDRO.)**

ALEJANDRO.- Buenas tardes. ¿Y Jorge?

CECILIA.- Se había quedado un poco traspuesto en su cuarto después de almorzar, pero despertará en seguida.

ALEJANDRO.- ¡Ah! Salgo entonces, y vuelvo dentro de cinco minutos.

CECILIA.- Muy bien, como guste, Alejandro.

(ALEJANDRO va a hacer mutis par la izquierda. Se detiene.  
MATILDE comprende que quiere confiarles algo, si bien no se atreve.)

MATILDE.- (Le anima.) Diga, diga...

ALEJANDRO.- (Vacila.) Cecilia..., yo no creo ser sospechoso de adhesión a Jorge. Ustedes saben que llevo muchos años a su lado y que le quiero fraternalmente.

MATILDE.- Claro, claro... ¿Quién lo duda?

ALEJANDRO.- Pero no sé..., estoy intranquilo.

MATILDE.- ¿Por qué, por qué?

ALEJANDRO.- No sé lo que pretende... Mi impresión es que desea vender «El Tomillar».

MATILDE.- ¿Venderlo?

ALEJANDRO.- ¿Para qué necesita, si no, los títulos de propiedad y los certificados del Registro?

MATILDE.- Ya.

ALEJANDRO.- Ahora bien; a mí, eso, en las circunstancias actuales, me parece un puro disparate, sea lo que sea lo que le paguen. ¿Qué es lo que puede producirle más renta que «El Tomillar»?

MATILDE.- Claro.

ALEJANDRO.- Yo he intentado disuadirle... veladamente, porque él ni me ha pedido consejo ni siquiera me ha hecho confidencias; pero yo creo que una intervención de ustedes sería eficaz.

MATILDE.- ¿Tú oyes, Cecilia?

CECILIA.- Sí, mamá.

ALEJANDRO.- Desde luego, sobre la base de que sea eso lo que pretende. Porque lo cierto es que yo no sé adónde va ni lo que persigue... Muy extraño veo a Jorge...

MATILDE.- Sí.

ALEJANDRO.- Por lo que a mí se refiere, tengo la impresión de que estoy a punto de cesar con él.

CECILIA.- (A sabiendas de que la respuesta será negativa.) ¿Ha habido algún disgusto entre ustedes?

ALEJANDRO.- No, no. Ninguno... ¿Cómo se le ocurre?

CECILIA.- Entonces...

ALEJANDRO.- No creo equivocarme al interpretar lo que don Jorge me ha dicho... «Que su vida va a ir por otros caminos», y que, en consecuencia, pudiera ser que...

MATILDE.- Claro que nuestro deber consiste en impedirle que cometa algún disparate.

ALEJANDRO.- Eso, desde luego.

MATILDE.- Pues mire usted, don Alejandro...

CECILIA.- ¡Mamá!

MATILDE.- **(Tras una levísima pausa, con un matiz imperceptiblemente retador.)** ¿Qué sucede?

CECILIA.- **(Excusando con el tono la sequedad de sus palabras.)** ¿Le importa a usted dejarnos un momento?

ALEJANDRO.- Por Dios, señora... **(Y hace mutis por la izquierda.)**

CECILIA.- ¿Qué te propones, mamá?

MATILDE.- ¿Que qué me propongo? Buscar aliados donde los encuentre, unirme al diablo si es preciso y salir adelante, por el medio que sea.

CECILIA.- **(La mira con fijeza.)** El diablo, tú lo has dicho..., a veces me parece que lo llevas dentro...

MATILDE.- Pues poco he de poder o a él vas a deberle tu tranquilidad.

CECILIA.- Calla, mamá; me das miedo. **(Y hace mutis por la derecha.)**

MATILDE.- **(A ROMUALDO, que entra por la derecha.)** Oiga, Romualdo, ¿sabe usted dónde vive don Alejandro? Quiero mandarle unas cosas.

ROMUALDO.- Vive en la calle de Pavía, en el doce.

MATILDE.- Muchas gracias, Romualdo.

ROMUALDO.- El señor se ha despertado.

MATILDE.- ¿Ah, sí?

ROMUALDO.- Aquí llega. **(Se hace a un lado.)**

**(JORGE entra por la izquierda. ROMUALDO se va por la izquierda.)**

JORGE.- Hola, buenas tardes.

MATILDE.- ¿Qué te dijo ayer el médico?

JORGE.- Nada especial. La enfermedad sigue su curso.

MATILDE.- ¿Estás contento?

JORGE.- No tengo motivos. Estoy sereno, sencillamente.

MATILDE.- Pues mira, me alegro. Porque justamente es como quería encontrarte. Sereno, o sea, viendo las cosas como son, sin ofuscaciones, sin arrebatos... ¿Me permites una palabra? ¿No te enfadas? Sin histerismos...

JORGE.- Así suelo verlas siempre.

MATILDE.- Con algunas excepciones.

JORGE.- Creo entenderla; Cecilia..., ¿habló con usted?

MATILDE.- **(Tras una pausa.)** Sí. **(Transición.)** No irás a decirme que te sorprende. Los hombres sois menos dados a confidencias que nosotras y estáis acostumbrados a resolver vuestros problemas por vosotros mismos. Nosotras, no. Casi todas las resoluciones las tomamos por mayoría de votos.

JORGE.- ¿Tiene algún acuerdo que comunicarme?

MATILDE.- ¡Oh, no, ninguno! La verdad es que... no se ha votado todavía y que me temo el empate. Andábamos discutiendo cuando pareciste tú. Entonces se me ocurrió que lo mejor que podía hacer era hablar contigo directamente.

JORGE.- Hablemos.

**(Le ofrece asiento a MATILDE con un leve ademán protocolario. MATILDE se sienta.)**

MATILDE.- ¿Tú crees que yo te quiero o que no te quiero?

JORGE.- Matilde... Esa es una cuestión que yo no pongo en duda.

MATILDE.- Bien. **(De pronto se da cuenta de que la respuesta de JORGE es un tanto equívoca y que lo mismo puede equivaler a un sí que a un no, y rectifica.)** Óyeme, ¿qué es eso de que no lo pones en duda? Contesta claramente. ¿Crees que te quiero? ¿Sí o no?

JORGE.- Creo que sí. ¿Por qué no habría de quererme?

MATILDE.- Hay toda una tradición que disculpa a las suegras que no miran con buenos ojos a sus yernos..., y a la inversa.

JORGE.- Ya sé que no es ese su caso ni el mío.

MATILDE.- Te quiero, Jorge, aunque lo dudes. Y si te hago esta declaración amorosa es para que comprendas que lo que yo deseo es tu felicidad, que es la de tu hija Amalia y, por sabido se calla, que es también la de la mía.

JORGE.- Ya lo supongo, Matilde.

MATILDE.- Cecilia llevaba un par de días preocupadísima y sin soltar prenda. Se ha resistido; pero, al fin, me ha dicho lo que le pasaba. No ha traicionado ningún secreto al contarme tus proyectos, naturalmente. Soy su madre, no lo olvides.

JORGE.- ¿Está usted enterada, entonces?

MATILDE.- Pues sí, más o menos.

JORGE.- ¿Sabe también que Cecilia está a mi lado y que cuento con ella?

MATILDE.- Sí, sí; lo sé todo.

JORGE.- ¿No le parece admirable su actitud?

MATILDE.- Hombre, hay mucho que discutir de eso.

JORGE.- ¿Qué le ha dicho usted?

MATILDE.- Sentiría que te hicieses la ilusión de que la he felicitado como si le hubiese tocado la lotería.

JORGE.- **(Secamente.)** ¿Qué le ha dicho usted, Matilde?

MATILDE.- Yo soy muy franca, Jorge: que impida como pueda el que cometas esa locura.

JORGE.- ¿Para usted lo que yo pienso hacer es una locura?

MATILDE.- Y de las de a folio, Jorge.

JORGE.- **(Se levanta.)** Es inútil que sigamos hablando, Matilde. Nuestros puntos de vista son tan diferentes...

MATILDE.- Siéntate, Jorge, siéntate. Por mucho que discrepemos, es



necesario hablar. La cosa tiene importancia, ¿no?

JORGE.- Sí.

MATILDE.- Honradamente, Jorge: tu crisis, ¿no te ha trastornado un poco?

JORGE.- No; me ha convertido.

MATILDE.- Y para convertirte así, tan radicalmente, ¿no ha tenido antes que aflojarte algo los tomillos?

JORGE.- ¡Matilde!

MATILDE.- Mira, Jorge; vivimos en un mundo en el que estas cosas no pasan nunca... Admito que lo de «El Tomillar», sea, en su origen, todo lo irregular que tú quieras... Pero ya nadie se asusta de nada. Si fuésemos husmeando a derecha e izquierda cómo se han formado ciertas fortunas, nos llevaríamos unas sorpresas tremendas. Bueno, yo no me sorprendería, porque me sé de memoria a muchos de nuestros amiguitos, de los que bullen por ahí y salen en las revistas mundanas. «Cocktail en casa de los señores Fulano», «Puesta de largo de la hija de los Mengano», «Un baile en la residencia de los Perengano»..., y yo voy para mis adentros diciéndome: «¿De dónde habrá sacado este, y el otro, y el de más allá, los veinte mil duros que le ha costado la fiesta y los dos millones del piso y los cuatro de las joyas de la señora?...». He visto mucho, Jorge de mi vida, cuando andábamos mundo adelante mi pobre Germán y yo. Pero lo que no he visto todavía es que nadie cante la palinodia, devuelva un céntimo y se ponga a darse golpes de pecho en la vía pública. Ese es un espectáculo inédito. Y ya te puedes figurar la gracia que me hará que sea mi yerno el protagonista.

JORGE.- Le será muy difícil comprender ciertas cosas si no parte de esta base: la muerte, que me ronda, ha hecho de mí un católico de verdad.

MATILDE.- Mira, Jorge, si el ser católico se pone tan caro, van a darse de baja muchísimos.

JORGE.- ¡Ah!

MATILDE.- ¿Es que crees que todos esos a los que me refiero no son católicos también? ¡Huy, eres un niño, Jorge! Mira a Jaimito Cedaño, por ejemplo, que acaba de rehabilitar no sé qué título. Ese, que, me consta, ha hecho doce millones en doce meses, y él sabrá cómo. Tienes que verle en San Manuel y San Benito los días de precepto. Es algo edificante. Hombre, en marzo tomamos la ceniza juntos. ¡Qué ojos ponía tan humildes, qué cruzar los dedos como si no hubiera roto un plato y qué unción al volver a su reclinatorio! «Anda, pirandón -pensaba yo-, bien te vas a sacudir tú la ceniza apenas salgas a la calle...». Parece que es una barbaridad decir que tengo ganas de que enferme gravemente, ¿no? Pues mira, sí, las tengo, para observarle. No hará lo que tú; ese, no. Llamará a su secretario y sacará el dinero de la cuenta corriente para librarse de impuestos. Y ser más católico que Jaimito Cedaño es imposible, que ya he oído yo decir que le van a hacer ministro solo por serlo.

JORGE.- Yo he sido católico, a su manera, demasiado tiempo.

MATILDE.- ¿Qué supones tú? ¿Que todo ese mundo de Jaimito Cedaño se pondrá de tu lado? Te equivocas. De ahí vendrán los ataques

más fuertes, de esos santones que la gozan lapidando a los que pecan y no echando una mano a los que se convierten.

JORGE.- Que hagan lo que quieran.

MATILDE.- Les estoy viendo: se rasgarán las vestiduras. No elogiarán tu arrepentimiento de hoy, sino que te desollarán vivo por tu debilidad de ayer. No volverán a sentarte a su mesa. Te echarán bola negra en donde puedan; si se te ocurre buscar su ayuda, te la rehusarán. «Habrase visto desaprensivo semejante...». Y no dirán nunca: «¿Quién lo iba a pensar?»; sino: «Psch..., psch..., ya me parecía a mí».

JORGE.- Me importa un bledo lo que digan y lo que hagan.

MATILDE.- ¡Ah, no, hijo mío! Si estuvieses solo en la vida podrías hacer mangas y capirotos. Pero da la casualidad de que tienes una mujer y una hija y que las dos, sin comerlo ni beberlo, corren tu misma suerte. Y tú no puedes desentenderte de ellas, como si fueran dos extrañas. Es muy cómoda tu postura. Tú, a salvar tu almita, y a los demás que nos parta un rayo.

JORGE.- Me habla con los pies pegados a la tierra, y todas sus palabras me suenan mezquinamente. Quisiera que supiese que yo he roto ya muchas ataduras. Por lo que se refiere a Cecilia y a Amalia, nada de lo que han tenido les pertenecía. Ahora lo devuelven. Ni pierden ni ganan.

MATILDE.- ¡Ca, hijo mío! Pierden muchísimo, porque cuando las vean por la calle las señalarán con el dedo y se dirán unos a otros: «Ahí van la mujer y la hija de un estafador».

JORGE.- (**Violentísimo.**) ¡Matilde!

MATILDE.- ¿No has roto, según tú, muchas de tus ataduras? ¿Pues qué te puede importar que llame a las cosas por su nombre?

JORGE.- Bien. Nada me hará retroceder. Le he dicho que soy otro desde que vi la muerte cerca de mí, y que, cuando vuelva a verla, quiero hacerlo en gracia de Dios. Devolveré «El Tomillar» a Gervasio Quiroga, su legítimo dueño, apenas pueda hablarle.

MATILDE.- ¿Por qué no te vistes de hábito, te llenas de conchas, te echas una calabaza al hombro y te vas a una ermita en lo alto del monte?

JORGE.- Es menos difícil que lo que pienso hacer, Matilde, aunque a usted no se lo parezca, y no remediaría ninguna de mis culpas anteriores. Ni me valdría, tampoco, para ganar la absolución.

MATILDE.- Tú lo que tienes es un miedo vulgar a los infiernos.

JORGE.- Ese temor sería perfectamente legítimo, Matilde. El infierno, como el cielo, están en nuestra religión al final de la vida. Y, sin embargo, no es ese temor lo que me mueve con más fuerza a dar este paso. De pronto, he visto el mundo entero con una luz nueva. Como no lo había visto nunca. He visto a todos, hombres, mujeres, altos y bajos, unidos por unos hilos extraños, flotando sobre una balsa en la que el menor movimiento de uno podría poner en peligro la vida de los demás. Y se me ha ocurrido que el que rompe ese equilibrio es un anarquista que merece ser fusilado. Yo, por ejemplo.

MATILDE.- Hombre, anarquista tú... Eso sí que es gracioso.

JORGE.- Pues sí, Matilde. Yo he roto ese orden, ese equilibrio. Yo he

quebrantado la ley esencial que debe gobernar la vida, esa que nos prohíbe hacer daño a nuestro prójimo. Y, de pronto, me ha entrado una terrible vergüenza de mí mismo, una conciencia de la gravedad de mi pecado que nunca había sentido. Aunque me dejaran, yo no me atrevería a salir a la calle, Matilde. Pienso que mi pecado se ha hecho visible, que lo llevo dibujado en la cara, que es como una corbata llamativa y que hasta los niños se volverán a mirarme.

MATILDE.- Tonterías...

JORGE.- Usted no cree; en el fondo, usted no cree, Matilde. Y yo lo comprendo. Ha vivido en un ambiente en el que creer era demasiado fácil para que tuviese un valor; en el que la fe rentaba como el amortizable. No ha creído entre ateos o entre herejes, sino dejándose llevar de la corriente. Así he creído yo mi vida entera, persignándome a unas horas y saltándome a otras los mandamientos que me molestaban. Así hay millones que se llaman católicos y no lo son sino de nombre. Sépalo usted de una vez, Matilde. Yo soy un español que se ha convertido al catolicismo.

MATILDE.- Quizá yo no me atrevo a tanto. En el fondo, ¿quieres que te diga la verdad? Tienes razón: tal vez no creo.

JORGE.- ¿Y por qué entonces su simulación, su conformismo...?

MATILDE.- ¡Huy, Jorge! El ateísmo es de mal tono. Y, por otra parte, la Iglesia hace tan bien las cosas, con tanta inteligencia... Acabamos de nacer y ya la tenemos, echándonos unas gotitas de agua en la cabeza; acabamos de cumplir los ocho años y ya está vistiéndonos de blanco para la primera comunión. Hay que ver con qué pompa nos casa... Y lo bien que nos entierra... ¿Qué te imaginas? ¿Que yo voy a dar la batalla, a situarme enfrente de todo eso? No, de ninguna manera. Pero cuando se pone demasiado exigente y nos pide el oro y el moro, yo, la verdad, aunque nos amenace con unas llamitas y con una eternidad un poco incómoda, no acabo de asustarme por completo.

JORGE.- Tenga el valor de hablar así en voz alta, Matilde, y de vivir de acuerdo con lo que piensa. Es más limpio que lo que hace.

MATILDE.- Sí, pero sería muy fatigoso... Una especie de apostolado, solo que al revés... No, hijo mío, de ninguna manera.

JORGE.- Fariseísmo se llama esa figura. Yo he sido un fariseo también. Yo me he persignado por las mañanas maquinalmente y he negado a Dios al salir a la calle. El nombre de Dios, a mí, católico oficial, no me ha impedido faltar a todos los mandamientos que me molestaban, no ha tenido autoridad bastante para impedirme mentir y robar. Pero, eso sí, guardando siempre las apariencias. Que nadie se atreviese a decirme: «Ya se ve que usted no es creyente». No, eso no, le hubiera contestado alguna impertinencia. ¿Quiere usted saber, en dos palabras, lo que yo he hecho? Yo he oído misa en «El Tomillar», ¿me entiende usted? Allí, en el mismo lugar de mi despojo, yo me he arrodillado farisaicamente ante la imagen de Cristo, ¡igual que si tuviese mi conciencia en paz! Es como si el asesino llevase luto por el asesinado. Qué farsa, ¿no? Y, sin embargo, sé que no soy el único farsante. Hay millones de seres que se llaman católicos y no lo son sino de nombre.

MATILDE.- Huy... Y millones de protestantes, hijito, a los que les pasa lo mismo que a ti... Y de mahometanos y de budistas... Esto es un achaque muy general. Y yo soy la primera en lamentarlo, te lo aseguro. Según mis cálculos, si la mitad de los que se llaman creyentes de algo lo fuesen de verdad, la ONU se podría llevar con dos secretarios y tres mecanógrafas.

JORGE.- Pues yo, que he sido un católico por fuera, soy desde hace días, un católico por dentro.

MATILDE.- Vas a llamar la atención. Se estila poco eso.

JORGE.- Me es igual no estar a la moda.

MATILDE.- Fuera de toda razón es lo que estás.

JORGE.- No, no; todo lo que se es se debe ser a fondo, con pasión y no frívolamente. Me he llamado católico hasta hoy como si fuese un apellido más de los que llevo. Jorge Hontanar Villamil... y católico. Pero acabo de comprender que serlo de verdad es muy diferente y que impone deberes terribles. Y yo quiera cumplir el mío.

MATILDE.- ¿Por qué no lo cumpliste entonces, cuando anduviste metido en todas esas porquerías de falsificar firmas y testamentos?

JORGE.- No lo sé. Pero Dios me ha dado tiempo de arrepentirme y yo he de aprovecharlo.

MATILDE.- ¿Estás decidido, entonces, a dar ese paso monstruoso?

JORGE.- Sí.

MATILDE.- ¿A sacrificarnos a todos para vencer tus escrúpulos de beata? ¿A dejarnos en la calle para irte al cielo como un angelito?

JORGE.- ¡Cállese, Matilde; no le tolero esa manera de hablarme!

MATILDE.- Muy bien, Jorge. Pues yo te juro que defenderé a Cecilia y a Amalia, y me defenderé a mí misma, no me importa decírtelo, como sea y de la manera que sea. Te va a costar cara la salvación de tu alma.

JORGE.- Al precio que sea he de comprarla. **(Se interrumpe.)** Hace un mes, quince días solamente, me hubiera reído de hablar así. Hoy, no. Hoy es un grito que me sale de muy dentro, de muy dentro...

TELÓN

△

## Cuadro II

**El mismo decorado. Luz de noche. Al levantarse el telón, JORGE aparece por la derecha. Lleva sobre los hombros un abrigo ligero.**

JORGE.- ¡Romualdo! ¡Romualdo!

ROMUALDO.- **(Aparece por la izquierda.)** Dígame.

JORGE.- No sé cuánto tardaré en bajar. Lo mismo puede ser cosa de

diez minutos que de más. Espero una visita.

ROMUALDO.- Muy bien, señor.

JORGE.- Se trata de don Gervasio Quiroga. No sé a qué hora llegará. Pero si viene y no estoy, me manda avisar y a él le dice que me aguarde. ¿Entendido?

ROMUALDO.- Sí, señor.

JORGE.- A don Alejandro, que me aguarde también.

ROMUALDO.- Conforme.

(JORGE **inicia el mutis por la izquierda.** AMALIA **sale por la derecha.**)

AMALIA.- ¿Te marchas, papá?

JORGE.- Sí...

AMALIA.- (Sin avanzar hacia él.) Probablemente vendrán a buscarme antes de que vuelvas.

JORGE.- ¿Esperas tan pronto a Juan?

AMALIA.- Dijo que estaría aquí a las ocho, y son ya.

JORGE.- Yo no tardo.

AMALIA.- Por si acaso..., te digo adiós.

JORGE.- (Se detiene.) ¿Cuáles son tus proyectos?

AMALIA.- Pienso quedarme en Valnueva quince días, mientras pasa... cuanto tenga que pasar. Después ya veré. Pero, antes de un mes, confío en que nos casemos.

JORGE.- Hija mía, (Emocionado y desde el umbral de la puerta.) ojalá que todo te vaya bien. Créeme que no hay nada en el mundo que yo desee más que eso.

AMALIA.- Permíteme que lo dude, papá.

JORGE.- (Abre los brazos como si se considerase impotente para hacerla cambiar de criterio.) Eres injusta. Jamás he hecho otra cosa que vivir para ti.

AMALIA.- Todo lo has destruido en un momento de locura.

JORGE.- Tu felicidad, no.

AMALIA.- ¿Qué temías? ¿Que Juan me hubiese dejado? Eso sería si no me quisiese o si hubiese visto en mí solamente una rica heredera. Pero Juan es muy distinto.

JORGE.- Tú le hablaste, claro.

AMALIA.- Sí, a la mañana siguiente de haberlo hecho contigo. Le conté todo, ce por be, tal y como tú me lo habías contado.

JORGE.- ¿Y él...?

AMALIA.- Pero ¿qué idea tienes tú de él? ¿Supones que es «El Tomillar» lo que veía en mí? Gracias a Dios, no.

JORGE.- Si supieses cómo me alegra, Amalia...

AMALIA.- Sin embargo, nada te hubiese detenido... Y cuando no le recibiste fue porque...

JORGE.- Porque hubiera sido un engaño hablar con él como si nada,

cuando estaba a punto de tomar la decisión más grave de mi vida.

AMALIA.- ¿Y si él, asustado de lo que se me viene encima, se hubiese vuelto atrás?

JORGE.- Sería por no ser digno de ti. Y eso es preferible saberlo antes que después.

AMALIA.- Tú me has expuesto a perder lo que más quiero en el mundo.

JORGE.- Por fortuna, no lo has perdido.

AMALIA.- Es verdad; hay algo ahora que tiene mucho más valor que hace unos días: mi confianza en Juan.

JORGE.- Desde el fondo de mi alma, créeme que me alegra que sea así.

AMALIA.- **(Transición.)** Naturalmente, papá; Juan y yo nos casaremos de distinta manera a como lo teníamos pensado.

JORGE.- Ya...

AMALIA.- A primera hora de la mañana, en una iglesia cualquiera y sin invitar a nadie.

JORGE.- Me parece natural. Óyeme... También debías hacer algún otro cambio. A los padrinos, me refiero. No contéis conmigo. Javier Montes y Cecilia... esos deben ser.

AMALIA.- **(Con presteza.)** A tu gusto.

JORGE.- **(Con una imperceptible sonrisa.)** Al vuestro también, supongo.

AMALIA.- **(Penosamente.)** Papá, créeme que...

JORGE.- Escúchame, Amalia; ignoro en qué concepto me tenías antes de que sucediera todo esto.

AMALIA.- No había en el mundo para mí nadie mejor que tú.

JORGE.- Tu cariño te cegaba y te hacía ver las cosas distintas de como son. No era cierto, no. Yo no era lo bueno que tú suponías, pero tampoco soy tan despreciable como me juzgas ahora. Sin embargo, Amalia, yo no te pido que me disculpes, sino sencillamente que..., si puedes..., me perdones... Adiós, hija. **(Se va de un modo súbito por la izquierda.)**

**(Un ademán de AMALIA para retenerle cae en el vacío. AMALIA avanza hacia el centro de la escena. CECILIA, por la derecha.)**

CECILIA.- ¿Le hablaste?

AMALIA.- Sí.

CECILIA.- ¿Qué te dijo de la boda?

AMALIA.- Está conforme.

CECILIA.- Quería pedirte, Amalia, una cosa. Tiempo habrá más adelante de que lo sepa. Pero no le digas nada de lo del padrino... Podría sentirse herido.

AMALIA.- No te preocupes. Él mismo se adelantó a ceder su puesto.

CECILIA.- ¿Y tú aceptaste su renuncia?

AMALIA.- Sí.

CECILIA.- ¡Pobre Jorge!

**(Suena el timbre de la puerta. AMALIA lo acusa y va hacia la izquierda.)**

AMALIA.- Calla.

CECILIA.- ¿Es Juan?

AMALIA.- No se. **(Asoma por la izquierda.)** Es Matilde.

**(MATILDE, en efecto, por la izquierda.)**

MATILDE.- Perdonadme el retraso. Es que han dado en la junta, para que la viéramos, *Amores imperiales*. Es una película escandalosa. Se pasan mil metros besuqueándose. Claro, me he quedado hasta el último. Pero ya podéis imaginaros lo que he dicho. Yo, con esas porquerías, soy inflexible. Vamos a hacer una protesta oficial, de padre y muy señor mío.

CECILIA.- ¿Te parece esta ocasión oportuna para hablar de películas, mamá?

MATILDE.- ¡Ay, hija, tal vez no! Pero lo cortés no quita lo valiente.

CECILIA.- ¿Qué sabes de nuevo? ¿Y Alejandro?

MATILDE.- Acaba de llegar de Badajoz. Quedamos en vernos aquí.

CECILIA.- ¿Y noticias?

MATILDE.- Apenas si hablamos. No era discreto... por teléfono... Pero me dio así, a medias palabras, buenas impresiones. En fin, no perdamos tiempo. ¿Dónde está Jorge?

CECILIA.- Subió a la consulta del médico.

MATILDE.- ¡Caramba! ¿Se fue ya?

CECILIA.- Sí, es extraño que no os hayáis encontrado en la puerta... En el momento de entrar tú, salía él.

MATILDE.- ¡Ah!, tal vez no es tarde todavía. **(Se dirige al teléfono. A AMALIA.)** Conmútamelo, ¿quieres?

**(Busca un número en su pequeña agenda, mientras AMALIA se marcha por la derecha.)**

¡Ah!, qué tonta; tú debes saberlo... El teléfono del médico.

CECILIA.- 24-80-14. ¿Vas a llamarle?

MATILDE.- Yo no he perdido aún las esperanzas, ¿comprendes? Por definición, Jorge tiene que sentirse hoy menos firme que ayer y que antes de ayer... Y si alguien nos ayuda..., con un poco de gracia... Calla, calla. Ya verás. ¡Ah, ya hay línea! **(Marca el número.)** Es posible que Jorge se salga con la suya; pero a mí no sé qué es lo que me sucede hoy, que me he levantado más animosa que nunca. **(Se interrumpe.)** ¿La casa del doctor?... ¡Ah, es usted! ¿Qué tal, doctor? Soy Matilde Arjona... Mi yerno está ahí, ¿verdad? Ha subido ahora mismo. Esperará en la antesala... ¡Por Dios, nada de llamarle! Al contrario, lo que quiero es que él no se entere de que le llamo... Nadie tiene que saberlo... Pero es que, mire, doctor, necesito que usted, que es tan comprensivo, le ayude un poco a remontar

el ánimo... ¿Me entiende? Yo le encuentro deprimidísimo... Tiene la aprensión de que su enfermedad es la última... y, en fin, usted sabe de eso más que nadie... Claro, aunque sea grave, pues... Sí, sí...; eso, eso, doctor... Simplemente con que le dijese que el... **(Busca la palabra.)** electrocardiograma, ¿no? ¡Jesús, doctor, cómo se ve que es usted un sabio, qué palabras usa! Con que le dijese que acusa una mejoría grande..., pues estoy segura de que Jorge sería otro. **(Transición.)** ¡Porque es que el pobre sufre como usted no se imagina!... Dándole vueltas y vueltas a sus ideas..., y nada bueno puede venirle de eso... claro, más que el torturarse y ponerse nervioso... Sí, sí, ya lo creo que es útil... una mentira piadosa, como usted dice... Pues muchas gracias, doctor, y que Dios se lo pague... Sí, sí, le quiero como a un hijo... En eso sí que acierta usted. Dígaselo así para que se entere, que aún lo duda el muy descastado. Adiós, doctor, adiós. Hasta muy pronto. Y gracias por todo. **(Cuelga.)** ¡Ajajá! ¡Listo!

CECILIA.- ¿Qué persigues, mamá?

MATILDE.- No, nada concreto... Pero cuanto menos amenazado se sienta, menos dramáticamente reaccionará, ¿comprendes? Me echabas en cara el otro día que era capaz de aliarme hasta con el diablo. ¿Sabes quién sería mi aliado mejor? Su salud, hija, su salud.

CECILIA.- Ay, mamá; ojalá se resuelva todo de una manera o de otra muy pronto, porque esto es un infierno y yo no puedo continuar así: pensando y deseando una cosa y haciendo otra.

MATILDE.- ¿Y por qué no te sinceras con Jorge?

CECILIA.- Por miedo.

MATILDE.- ¿Sigues, entonces, igual que el primer día, dándole la razón, dejándole jugar la carta de mártir y haciéndole creer que será el asombro de sus contemporáneos, que claro que lo será, dicho sea de paso?

CECILIA.- Sigo disimulando, por lo menos. Aunque no sé si él está ya de vuelta de todo. Si vieras cómo me miró ayer... y con qué tono me preguntó: «¿Qué te pasa, Cecilia, qué te pasa?».

MATILDE.- Y tú, ¿qué le contestaste?

CECILIA.- Nada; me eché a llorar.

MATILDE.- ¿Y a eso le llamas no contestar? Valor, Cecilia. El corazón me dice que esto está a punto de hacer crisis.

CECILIA.- Dios te oiga, mamá.

**(Ha sonado el timbre un segundo antes. AMALIA, por la derecha; ROMUALDO, por la izquierda.)**

ROMUALDO.- Don Alejandro.

MATILDE.- ¡Ah! Que entre.

**(Mutis de AMALIA y ROMUALDO por las laterales de su entrada.)**

ALEJANDRO.- **(Por la izquierda.)** Buenas tardes.

MATILDE.- Le esperábamos impacientes. Cuéntenos.

ALEJANDRO.- ¿Podemos hablar?



MATILDE.- Sí, sí, claro. Y ande, que nos tiene nerviosas.

ALEJANDRO.- Fui a la Notaría de Alcabra. Cuando usted me contó toda la historia, yo quedé preocupado, pensando de qué manera había podido urdirse aquello. Era una curiosidad casi profesional, ¿comprenden?

MATILDE.- Sí, sí.

ALEJANDRO.- Ahora ya lo sé. El testamento original se componía de dos pliegos numerados. El primero, en el que figuraba la institución de heredero, fue el que se cambió. La misma mano, la del famoso oficial de la Notaría, seguramente, había escrito los dos. El número del primer pliego estaba enmendado, aunque apenas si se notaba. Claro que no hubiese resistido un examen pericial, y, de haberse denunciado don Jorge a sí mismo, fea se habría puesto la cosa.

MATILDE.- No me asuste; aún está a tiempo de hacerlo.

ALEJANDRO.- Ya es tarde. He pedido el protocolo..., y en un momento de descuido..., y aún no sé cómo..., se me ha enganchado el anillo..., me parece que ha sido así..., sí, así ha sido..., con el anillo..., y me he llevado por delante un trozo de papel pequeñísimo, solo que justo, justo, vea usted lo que son las casualidades, el que tenía los números cambiados. **(Saca la cartera, la abre y se lo enseña.)**

MATILDE.- O sea que ahora, aunque él quisiera...

ALEJANDRO.- **(Cambia su tono sibilino por otro de hombre resuelto.)** ... demostrar su falsificación, le sería imposible. De este percance del anillo, nadie se ha dado cuenta en la Notaría, y, si lo advirtiesen mañana, adivine usted cuándo, en qué momento y por qué razón se rompió el piquito ese.

MATILDE.- ¡Estupendo, Alejandro! Sabía que hacía bien confiándome a usted.

ALEJANDRO.- Es que es indispensable que don Jorge se vuelva atrás. A mí no me remuerde la conciencia ni de esto ni de nada. Estamos impidiendo un suicidio, y no de un cualquiera, sino de una persona a la que todos queremos mucho.

MATILDE.- Naturalmente, Alejandro. Esa es la verdad. Jorge es un loco, empeñado en tirarse a un precipicio, que aun se atreve a luchar contra nosotros para que se lo consintamos. Cumplimos nuestro deber al impedirlo, y tú, Cecilia, que de vez en cuando te sientes llena de remordimientos, eres la que se ha de convencer de eso más que nadie.

CECILIA.- Y si, a pesar de los pesares, Jorge se fuese al notario, o al juez, o a donde fuese, y confesase lo que hizo...

MATILDE.- Hable usted, Alejandro, y explíqueme... nuestros planes. **(A CECILIA.)** Y no te preocupes, hijita mía, que todo ha sido previsto.

CECILIA.- Sí. ¿Qué pasaría entonces?

ALEJANDRO.- ¡Oh, no, doña Matilde!... ¿Para qué ponerse en ese caso, si es imposible que...?

CECILIA.- No, no; parece como si no le conocierais y no supieseis lo obstinado que es. Lo temo todo; tiene una veta de loco.

ALEJANDRO.- ¡Ajajá! Pues... aprovecharíamos esa veta, Cecilia.

CECILIA.- No entiendo.

ALEJANDRO.- Se intentaría... incapacitarle.

MATILDE.- **(Inquieta por la reacción de CECILIA.)** ¡Bah, bah! Dejémonos de novelerías. ¿A quién se le ocurre? Con el Jorge del principio, ¿quién sabe?, era para andarse con tiento, pero tenemos a Jorge cambiadísimo, amigo Alejandro, y me alegra decírselo.

CECILIA.- No te fíes, mamá.

MATILDE.- A primera vista, tal vez no se le note, pero si le sonsacas un poquito... Y es natural, él pisa con más fuerza y con más seguridad que antes..., y además han pasado, entre bromas y veras, casi quince días. Lo de Gervasio Quiroga, que Dios confunda, fue providencial... ¿Sabe usted lo que yo pensaba? ¿No sería posible conseguir que le tuvieran en chirona algún tiempo más?

ALEJANDRO.- ¡Ah, ese es otro cantar! Lamento decirle, señora, que Gervasio Quiroga ha sido puesto en libertad ayer y que hemos hecho el viaje los dos en el mismo tren.

MATILDE.- ¿Ha llegado a Madrid, entonces?

ALEJANDRO.- Salvo que se haya caído a la vía, lo cual es demasiado bueno para que sea cierto, Gervasio Quiroga está en Madrid.

MATILDE.- A ver a Jorge, claro.

ALEJANDRO.- Sin duda.

MATILDE.- ¿Te das cuenta, Cecilia? Hoy es un día decisivo.

CECILIA.- ¿Qué se puede hacer?

MATILDE.- Espérate. **(Toca el timbre.)** Hay que impedir esa entrevista.

ROMUALDO.- **(Por la izquierda.)** Mándeme.

MATILDE.- Óigame, Romualdo. Si llama un tal Gervasio Quiroga, que no hay nadie. ¿Me comprende?

ROMUALDO.- ¿Quiroga?

MATILDE.- Sí. ¿Qué le sucede?

ROMUALDO.- No, no, que el señor le espera. Me dijo cuando subía a la consulta que le avisase si venía.

MATILDE.- Pues mire usted, Romualdo. Por una vez, a quien tiene usted que hacer caso es a nosotras. Se trata de evitar un disgusto al señor. ¿Me entiende?

ROMUALDO.- Bueno, bueno... Y si el señor me pregunta, ¿qué le contesto?

MATILDE.- Que no apareció por aquí.

ROMUALDO.- Esté tranquila la señora; ya me las arreglaré yo como pueda. **(Mutis de ROMUALDO.)**

ALEJANDRO.- Mientras lo de «El Tomillar» no llegue a oídos de Gervasio Quiroga, estamos a salvo. Otra cosa sería si se enterase.

**(Suena el timbre; movimiento de expectación en todos. AMALIA entra, como acostumbra en estos casos, por la derecha.)**

JORGE.- **(Desde dentro.)** ¿Llamó alguien? ¿Vino alguien?

**(Mirada de inteligencia entre ALEJANDRO y MATILDE. AMALIA, al reconocerla voz de su padre, hace mutis.)**

ROMUALDO.- **(Desde dentro también.)** Don Alejandro, señor.

**(En el umbral, JORGE se quita el abrigo y se lo entrega a ROMUALDO, que se marcha con él por la derecha.)**

JORGE.- Hola, Alejandro.

ALEJANDRO.- ¡Te encuentro magnífico! ¿Qué te ha dicho el médico?

JORGE.- Según él, mejoro por minutos.

MATILDE.- Pues otra cara sí tienes.

CECILIA.- Es verdad.

MATILDE.- Ya lo creo.

JORGE.- **(Con una leve ilusión que casi no se atreve a exteriorizar en voz alta.)** ¿Será posible que me cure?

CECILIA.- No hables así, Jorge, te lo pido.

JORGE.- «Si no se repite»... ¿Cuántas veces hemos oído eso al hablar de otras personas? ¿Me libraré yo de que me repita a mí?

MATILDE.- Apuesto doble contra sencillo.

JORGE.- Pues usted gana siempre. En fin... Amalia, ¿se fue ya?

CECILIA.- No, todavía no.

JORGE.- Acompañame entonces, Alejandro. Quiero que miremos algunas cosas.

**(Inicia el mutis por la derecha, pero en este instante suena el timbre otra vez. ROMUALDO sale por la derecha, camino de la puerta.)**

Si es el señor de quien te hablé antes... **(Se detiene, parece dudar un segundo.)**

ROMUALDO.- Dígame.

JORGE.- **(Se recobra.)** Que entre, claro, que entre.

ROMUALDO.- Muy bien, señor.

**(Furtivo cambio de miradas de ALEJANDRO con MATILDE. AMALIA, por la derecha. Un breve segundo de expectación. ROMUALDO de nuevo.)**

Es el señor Montes.

**(AMALIA sale corriendo por la izquierda.)**

CECILIA.- ¿El señorito Juan?

ROMUALDO.- No, no; su padre.

MATILDE.- ¡Ah!

**(JAVIER MONTES entra con AMALIA. ROMUALDO hace mutis por la izquierda.)**

JAVIER.- **(Jovial y enfático como nunca.)** ¿Cómo va, Cecilia? (A

MATILDE.) A sus pies, señora. ¿Y ese convaleciente? ¡Ah, estupendo, estupendo!... Otro hombre, salta a la vista. ¿Verdad? **(Le estrecha la mano.)**

ALEJANDRO.- Eso mismo le decíamos hace dos minutos.

MATILDE.- Todo el mundo lo dice.

JAVIER.- Déjame que te observe, Amalia. Más guapa cada día, sí, señor.

AMALIA.- Y Juan, ¿dónde está?

JAVIER.- Calma, calma. Juan se ha quedado en Valnueva porque tenía unas cosas urgentes que hacer allí, y yo he venido en su lugar. Mal cambio, Amalia; pero hay que saber perder.

AMALIA.- Bueno; yo ya estoy arreglada. Un segundo, que coja el abrigo y la maleta.

JAVIER.- ¡Ah, esta juventud tan impaciente!... No tengas prisa. Mira: así como así, he de hablar unos minutos con tu padre y aprovecho la ocasión. ¿Nos dejas, Amalita? En seguida te llamamos.

AMALIA.- **(Levemente recelosa.)** Muy bien..., muy bien.

**(Y hace mutis por la derecha, seguida de ALEJANDRO y MATILDE. CECILIA va a marcharse también, pero JAVIER la detiene.)**

JAVIER.- ¿Tan mal le caigo, Cecilia, que no quiere usted nada conmigo?

CECILIA.- Por Dios, yo supuse que...

JAVIER.- Me daría usted una alegría si se quedase.

CECILIA.- No faltaba más.

JORGE.- Y siéntese, amigo Montes; le suplico...

**(Se sientan los tres, en efecto; JAVIER entre los dos.)**

JAVIER.- Escuche, querido Jorge...; usted me dispensará si le hablo con la franqueza que es natural entre nosotros.

JORGE.- Claro, claro.

JAVIER.- Si resulta que me equivoco, usted me lo advierte, y listos. ¿De acuerdo?

JORGE.- De acuerdo.

JAVIER.- **(Titubea.)** Je, je..., no sé por dónde empezar... Según mis informes, usted ha hecho una promesa.

JORGE.- Sí.

JAVIER.- ¿Y piensa cumplirla?

JORGE.- Claro que sí. Para eso la he hecho.

JAVIER.- ¡Oh..., qué caramba! Es humano mudar de parecer. Aviados estaríamos si cumpliésemos todo lo que prometemos... ¡Je, je! Me río, porque, de ser así, yo no probaría el alcohol desde los veinte años. ¿Sabe usted que prometí olvidarme de que existía, si me libraba de la muerte, una noche que anduve perdido en una tormenta de nieve, por los Pirineos? Durante ocho días no probé una copa... Y al noveno sucumbí. ¡Ah! Se puede ser heroico un minuto, una hora; pero la vida

entera es imposible. **(Transición.)** ¿Cuándo se puso usted enfermo, Jorge?

JORGE.- Hoy hace dos semanas.

JAVIER.- Imagínese, quince días ya...

JORGE.- Pues yo sigo resuelto... a no probar el alcohol.

JAVIER.- ¡Ajá! O sea, a...

JORGE.- A devolver «El Tomillar».

JAVIER.- **(Pausa.)** ¿Usted es católico, Jorge?

JORGE.- Desde hace dos semanas.

JAVIER.- ¿Y se atreve a dar este escándalo siendo católico?

JORGE.- Sí, señor, y precisamente por serlo.

JAVIER.- Es poco político, amigo mío; poco político. ¡Hum!... Este tipo de conversiones no gustan nada. A la gente, lo que le apasiona, es que se termine con la querida, por ejemplo, y usted perdone, señora, mi modo de hablar, o que se reconozca al hijo ilegítimo, o que se meta uno cartujo. Pero esto de devolver fincas de regadío, maldito lo que le importa a nadie. Aparte de que no se da un caso de esos ni para muestra, palabra.

JORGE.- Alguien tiene que ser el primero.

JAVIER.- Por otra parte, no se puede atender la vida con ese rigor militar. Un porcentaje de elasticidad, aun de corrupción, si usted quiere, es indispensable en la sociedad, como lo es un porcentaje de urea en la sangre. Esparta es el país más incómodo que ha existido nunca. Si no lo hubieran destruido los griegos, lo habrían destruido los propios espartanos: era inhabitable. Oh, discúlpeme usted estos escauceos históricos... La verdad es que estoy intentando ponerme en su lugar y comprenderle, pero me es difícil, porque... es que vemos las cosas de manera muy distinta.

JORGE.- Es posible.

JAVIER.- Sí, Jorge, sí... Por de pronto, yo no creo en ese Dios severo y minucioso de usted, que es una especie de Registrador de la Propiedad, solo que en grande, anotando nuestras flaquezas sin que se le escape ninguna y aguardando a que nos presentemos a Él para restregárnoslas por la cara. «Tú hiciste esto, y lo otro, y lo de más allá. A fastidiarse, títere...». No, no. Para mí, Dios es como un padre que paga las trampas de sus hijos.

JORGE.- Yo he hecho un daño y debo repararlo.

JAVIER.- La vida entera le queda a usted para hacer bien a diestro y siniestro. Puede usted hacer mucho más bien que el daño que hizo y llegar al valle de Josafat con un saldo a su favor enorme. Pero ¿por qué ha de empeñarse usted en liquidar su cuenta con quien sea, nominalmente? Tanto te quité, tanto te devuelvo... Déjele usted a la Providencia el papel de Cámara de Compensación, y ya verá cómo se las arregla para indemnizar al perdidoso de lo de «El Tomillar». Y generosamente... De tal manera que, a lo mejor, hasta un servicio presta usted a su víctima, asegurándole un cielo como una casa a cambio de un poquito de tierra de Badajoz.

JORGE.- Sí, no lo dudo, Montes, solo que...

JAVIER.- Ah, y le suplico... No es que yo sostenga la tesis de que los pecadillos de juventud..., que todos los hemos cometido, querido Jorge, han de quedar sin su penitencia al canto. No, eso no. Yo no me opongo a que usted cumpla la que le corresponda, y menos a que se arrepienta. Pero no de esa manera tan antipática, perdóneme que se lo diga, tan grandilocuente, tan queriendo abrumarnos con su virtud. Y tampoco como si estuviéramos en la Edad Media; que ha llovido mucho desde entonces, aunque no en mis fincas, por desgracia.

JORGE.- Le estimo su intención, Montes; pero me es imposible...

JAVIER.- **(Le interrumpe.)** Una idea, Jorge: ¿por qué no le pone una tienda a ese señor, o le pasa una rentita, eh, o le fija un sueldo?... Y si eso le parece insuficiente, ¿por qué no hace alguna penitencia espiritual que le deje tranquilo? Por ejemplo, ¿por qué no se viste de Nazareno el Viernes Santo? La Cofradía recorre, bajo mi presidencia, huelga decirlo, cerca de cuatro kilómetros. Yo le aseguro que, tal y como tiene el alcalde el pavimento, va usted a pagar, si lo anda descalzo, cuanto de malo haya hecho en su vida.

JORGE.- Repito que agradezco mucho su interés, pero...

JAVIER.- ... insiste en sus propósitos.

JORGE.- Sí.

JAVIER.- No me sorprende. Contaba con ello. Solo que, siendo así, todo toma otro sesgo. Yo no sé si usted recuerda lo que hablamos la última vez. Esos rumores de si me dan o no me dan un cargo importante...

JORGE.- Sí, sí.

JAVIER.- Aún no se sabe nada en concreto, claro. Sin embargo, cierta persona muy bien situada -perdóneme si callo su nombre- me preguntó si yo lo aceptaría. «Pregunta ociosa -respondí yo-; me debo a mi país, y usted me manda». Ahora bien; lo de «El Tomillar» va a ser un trueno muy gordo, y yo, la verdad, prefiero que no me alcance.

JORGE.- ¿A usted?

JAVIER.- Entiéndame, a mi hijo. En suma: a mi apellido. No sería nada cómodo que ocupáramos simultáneamente, de una parte, las páginas del *Boletín Oficial*; de otra, las de *Gran Mundo*, y de otra, las de *El Caso*. Y puesto que tanta publicidad a la vez es sin duda excesiva y hay que sacrificar alguna, yo me quedo con la del *Boletín*, que me parece la más saneada.

JORGE.- En resumen...

JAVIER.- En resumen, amigo Jorge...

**(Por la derecha aparecen, en primer término, MATILDE y ALEJANDRO. Tras ellos, AMALIA.)**

MATILDE.- Un momento, señor Montes. ¡Ah!, ustedes disculparán a esta vieja diplomática que escuche detrás de las puertas; pero me parece obligado intervenir antes que por cualquiera de ustedes se pronuncien aquí palabras irreparables. **(Transición.)** Veo, querido yerno, que sigues en tus trece, erre que erre.

JAVIER.- Yo lo considero un disparate; se lo estaba diciendo.

MATILDE.- La suya es una voz sensata, señor Montes. ¡Qué alegría oírle! Pero, en fin, ha llegado el momento, creo yo, de que también nosotros hablemos muy claramente. Y nos vamos a permitir hacerlo en su presencia, porque, después de todo, nada de lo que aquí se diga habrá de sorprenderle. Alejandro... (A JORGE.) Él te explicará algunos detalles que te interesa conocer.

ALEJANDRO.- Jorge, estás en un callejón sin salida. He destruido en la Notaría de Alcabra la única huella que quedaba de lo sucedido. Si intentas ahora probar que el testamento es falso, no lo conseguirás. Este es el número enmendado. (Lo rompe en mil pedazos.) Mejor dicho, lo era. Sal a decir que «El Tomillar» no es tuyo. Te va a ser un poco difícil demostrarlo.

JORGE.- ¿Qué significa esto, Alejandro? ¿Tú también contra mí?

ALEJANDRO.- No; yo, a favor tuyo. ¿O qué pensabas? ¿Que no te quiero?

JORGE.- Tienes razón. Lo había olvidado.

JAVIER.- ¡Ah, Jorge, permítame!... La intervención del señor Benítez hace imposible que usted demuestre que el testamento es falso. Ahora «El Tomillar» es más suyo que nunca. Usted lo que se proponía era cederlo... simulando su compra, qué sé yo, con discreción, sin altavoces, ¿no? Y si acaso su familia se le ponía enfrente, coaccionarla diciéndola: «Ojo, que me denuncio». Pues lo de la denuncia pudiera ser que no le condujese ya a nada práctico. Y la venta, ¿cómo va usted a fingirla si los suyos, sus herederos del día de mañana, se niegan a entrar en el juego? En esas circunstancias, si quiere salirse con su capricho, solo le queda la tremenda. Y quién sabe si lo conseguiría... Realmente, Jorge, bien tranquila puede quedar su conciencia. ¿No cree que ha llegado el momento de levantar bandera blanca?

JORGE.- Me cueste lo que me cueste y sea fácil o difícil, yo encontraré el camino para cumplir con mi deber. Así que no insista, Montes.

JAVIER.- Bien. Vista su obstinación incomprensible, sepan que me dispongo a impedir la boda de Juan con Amalia. (A AMALIA.) Mira, en un primer momento, pensé que era mejor que no asistieses tú a esta escena. Ahora, casi lo celebro, para que veas quién es el inocente y quién es el culpable de todo.

AMALIA.- Eso no me preocupa demasiado. Solo que el que Juan y yo casemos no es cosa ni de usted ni de mi padre, sino de Juan y mía. Y ahora, lo que a mí se me ocurre preguntarle es cómo piensa usted impedir esa boda. ¿Es que cree usted que Juan no está enamorado de mí? ¿O que es menor de edad?

JAVIER.- Por Dios, Amalia... ¿Tengo yo aire de ser uno de esos padres que imponen su voluntad a sus hijos? ¿Y es que hay padres de esos todavía? No, no. Yo el ordeno y mando en el ministerio..., si ha lugar. En la familia, menos. Pero Juan sabe que yo le aconsejo siempre lo que le conviene y es lo bastante sensato para pensar lo que hace.

AMALIA.- Ya lo ha pensado: casarse conmigo.

JAVIER.- ¿Y por qué no, chiquilla? Solo que no mañana o pasado y quemando las etapas..., sino dentro de algunos meses... o de un año, cuando las aguas vuelvan a sus cauces.

AMALIA.- ¡No se saldrá usted con la suya!

JAVIER.- Puede... Los jóvenes son tan irreflexivos...

AMALIA.- Hoy mismo he de hablar con él.

JAVIER.- En cuanto a eso, quizá no te sea tan fácil... **(A JORGE.)** Ya le dije que contaba con su negativa. Juan está en Londres desde ayer, y espera allí mis noticias.

**(JORGE se sienta en la silla de la izquierda, cercana a la librería. Se coge la cabeza entre las manos, abrumado.)**

AMALIA.- No es verdad.

JAVIER.- Telefona a Valnueva. Y en Londres seguirá el tiempo que sea necesario.

AMALIA.- No le creo capaz de haberse marchado sin llamarme antes.

JAVIER.- A veces, las circunstancias mandan. Y es mejor resolver las cosas desde lejos que desde cerca.

AMALIA.- Me engaña usted.

JAVIER.- Te doy mi palabra de que no.

AMALIA.- Según usted..., Juan se ha marchado para no encontrarse aquí... cuando estalle todo, ¿no?

JAVIER.- ¡Oh!, quien te oyese se imaginaría que te abandonaba en medio del océano.

AMALIA.- Mire, señor Montes: tengo demasiada fe en él, llevamos queriéndonos demasiado tiempo para que yo vaya a juzgarle ahora por lo que usted me dice. Usted se ha referido a Juan como si fuera un pobre de espíritu, y yo sé que su hijo es mucho mejor de como lo pinta su padre.

JORGE.- Escucha, Amalia...

AMALIA.- No doy ningún valor a lo que me ha dicho, y ahora o después, o cuando sea, veré a Juan y sabré a qué atenerme. En cuanto a ti, **(A JORGE.)** óyeme bien. Es espantoso, pero nunca he hablado con tanta sinceridad. Te juro que me pareces como un extraño, como si no te hubiese visto en mi vida.

JORGE.- ¡Amalia!

AMALIA.- No quiero nada con esta casa, ni contigo ni con nadie. Me marcharé hoy mismo adonde sea, y diré que me llamo de otro modo.

JORGE.- ¡Cállate!

AMALIA.- ¡Tienes motivos para sentirte orgulloso! ¡Tú eres el culpable de todo, desde que robaste «El Tomillar» a su dueño hasta ahora, que se te antoja devolvérselo tarde y con daño!

JORGE.- Te repito que te calles. **(Le levanta la mano como si fuese a abofetearla.)**

AMALIA.- Aún hay otra cosa que debes saber. Para que me digas si puedes permitirte el lujo de poner en peligro mi boda con Juan. Ni sería



capaz de vivir sin él, ni querría tampoco. De cuanto haga, si lo pierdo, tú serás el único responsable. ¡Ahora, pégame si te atreves!

**(JORGE se le acerca, le coge los brazos, la mira de nuevo frente a frente. Sufre de un modo visible... No se sabe qué va a hacer. Él mismo lo ignora.)**

JORGE.- ¡Amalia...!

**(AMALIA se echa a llorar, de espaldas al público.)**

MATILDE.- ¡Pobre chiquilla! **(Transición.)** Y qué, Jorge, a la vista de tantas novedades, ¿no crees que vale la pena que reflexiones un poquito?

JORGE.- Cecilia... Cecilia... **(La busca como un ciego a su lazarillo.)** No calles... Necesito oírte... Me hace falta tu ayuda... Socórreme. **(Imprecisamente.)** ¿Verdad que cuento contigo?

CECILIA.- No, Jorge; no puedo seguir engañándote, haciéndote ver lo que no es. No, Jorge; no estoy contigo, aunque se me parta el alma.

JORGE.- **(Lejanamente.)** Cecilia...

CECILIA.- **(Emocionadísima, entre lágrimas.)** Jorge, te lo suplico: vuelve atrás. Aún no ha pasado nada irremediable. Es tiempo todavía. Piensa en tu hija, lo primero, y en lo que va a ser de nosotros, en lenguas de todos, sin medios de vida.

JORGE.- Tampoco tú, Cecilia...

CECILIA.- Estoy aterrada, Jorge. Llevo varios días con décimas y con cansancio, y créeme si te digo que sería incapaz de resistir ese golpe. Por otra parte, no te imagines que te abandono ahora o que te mentí antes. Es que no medí mis fuerzas cuando dije que sí y me dejé conmover por muchas cosas. Después, he pensado que era demasiado débil para soportar lo que me esperaba. Te quiero, sí; pero no he nacido para santa.

JORGE.- Tampoco tú...

MATILDE.- Nadie a tu lado, Jorge. ¿Y aún pretendes tener razón frente a todos? **(Larguísima pausa. Con violencia.)** Este silencio es insostenible. ¡¡Di lo que tengas que decir, por los clavos de Cristo!!

JORGE.- Voy a informaros de algo que ignoráis por completo. ¿Sabéis que Gervasio Quiroga está en Madrid, que va a venir a verme? ¿Qué queréis que haga? ¿Que ordene a Romualdo que cuando llame a esa puerta le diga que he salido de viaje, que no podré recibirle? Sería una gran cosa. La pobreza, el deshonor... Y de pronto, el indulto. Se acabó el miedo. Queréis que os diga: Alejandro, ¿cómo voy a ir por otros caminos, dejándote en la calle, con lo que me quieres, con lo que te quiero? Matilde: ¿cómo se me va a ocurrir echarle a perder sus partidas de póquer? Amalia: ya puedes casarte con el padrino que elijas, fíjate bien, yo mismo, y no en una iglesia escondida, sino en la Concepción, o en los Jerónimos, a banderas desplegadas. Cecilia: cuida tu salud. Ya sé que no has nacido para santa. Vive como lo que eres, una mujer vacilante, a ratos buena y a ratos egoísta... ¿Queréis que os diga todo eso, verdad? ¡Ay, si supieseis cuánto me alegra poder decíroslo!... Pero no me es posible... La vida entera daría por vuestra felicidad; pero mi condenación, no. Cuando venga Quiroga, no me excusaré como si fuese un visitante inoportuno,

sino que le haré entrar en esta casa. Porque lo que pasa es que yo, ahora, al final de vuestras conjuras, sigo donde estaba. Así, pues, ya lo sabéis. Defended vuestros derechos, tan mezquinos, tan a ras de tierra, como os parezca: cara a cara o solapadamente. Yo defenderé el más sagrado de todos: mi derecho a salvarme.

CECILIA.- Que no sea a ti a quien Dios castigue por esto, sino a mí.

JORGE.- Gracias por tu generosidad, Cecilia; pero no me sirve de nada. La salvación, como la muerte, son problemas nuestros, de cada uno, y que no se transfieren. ¿O me imaginas en la presencia de Dios pasándote a ti la factura de mi crimen? No. «El Tomillar» lo he robado yo, y no quiero que ahora resulte que lo hemos robado entre todos.

MATILDE.- Hay algo que nadie se atreve a decirte, pero yo sí. ¿Sabes qué es lo que te hace sentirte heroico? La conciencia que tienes de que estás enfermo, de que te vas a morir. La salud te devolverá la razón.

JORGE.- No, no creáis que es el egoísmo lo que me mueve. Al contrario: ¿sabéis por qué quiero vivir? Porque no me considero absuelto del daño que hice solamente por devolver lo robado, ni porque don Ángel me absuelva. No, me parece que necesito pagar aquí sobre la tierra, una penitencia más dura, y no con esa moneda fácil, sino con mi descrédito y mi ruina. Y que solo cuando yo haya sufrido material y moralmente lo bastante, podré sentirme en paz conmigo mismo.

MATILDE.- Eres un loco y acabarás en el manicomio o en la cárcel.

JORGE.- No. Soy un hom...

**(El ruido de la puerta de la calle, que se cierra, le interrumpe.)**

¡Romualdo!

**(Hay un cambio de miradas entre ALEJANDRO y MATILDE, que se acompaña de un ligero movimiento.)**

¡¡Romualdo!! **(Nueva pausa.)** Romualdo.

ROMUALDO.- **(Por la izquierda.)** Mándeme el señor.

JORGE.- ¿Quién era?

ROMUALDO.- Uno... que se había equivocado de puerta y que preguntaba por los señores de abajo. **(Inicia el mutis por la derecha.)**

**(JORGE se abalanza sobre él.)**

JORGE.- Dígame la verdad. ¿Quién era?

ROMUALDO.- Le repito al señor que...

JORGE.- ¡Miente! ¿Era Gervasio Quiroga? Contésteme.

ROMUALDO.- Yo no sé, señor.

JORGE.- Usted era el único de esta casa que aún no me había traicionado. Búsquele ahora mismo y hágale subir, miserable. **(Expulsa a ROMUALDO con violencia.)** ¡Ah, qué difícil hacéis mi arrepentimiento!... ¡Qué fácil me fue el mal, y el bien, qué cuesta arriba!... Es verdad. Yo pequé un día, yo cometí una vileza terrible; pero

me arrepentí y quise reparar el daño que había hecho. Entonces se formó delante de mí, para impedirme hacer el bien, una muralla tremenda. Pero aunque esta muralla fuese más fuerte aun, la vencería. ¿Y sabéis por qué? Porque Dios está conmigo. **(Desde el centro de la escena.)** ¡Quiroga, Quiroga...! ¡Ay...!

**(Se lleva la mano al brazo izquierdo con una terrible expresión de dolor. Se caería materialmente si no le sostuviesen. Entre todos le llevan al diván.)**

CECILIA.- ¿Qué tienes, Jorge, qué tienes?

JORGE.- Un dolor espantoso, en el brazo izquierdo y en el pecho...

CECILIA.- El médico, en seguida.

JAVIER.- Es arriba, ¿no? Yo mismo le aviso. **(Mutis.)**

CECILIA.- ¿Se te pasa?

JORGE.- No, Cecilia. Y la otra vez empezó así...

CECILIA.- Preparad la inyección.

**(Mutis de AMALIA.)**

JORGE.- ¿Y Quiroga?... ¿Y Quiroga?... **(Intenta incorporarse.)**

CECILIA.- **(Se lo impide.)** Ahora vendrá.

ALEJANDRO.- Romualdo tardará un poco en encontrarle... **(Va a la puerta, que JAVIER dejó abierta al marcharse. La cierra lenta y siniestramente y se coloca delante de ella con los brazos extendidos, en actitud de oponerse a que la abra nadie.)**

JORGE.- ¡¡Dejadle entrar!! No le cierres la puerta, Alejandro, déjale entrar...

ALEJANDRO.- Claro que sí, Jorge... Apenas llegue... **(Pero no abandona su guardia.)**

**(AMALIA entra por la derecha con la inyección.)**

JORGE.- **(Se ha puesto de pie en un esfuerzo supremo.)** Quiroga. Qui... ro... ga... **(Y se derrumba de nuevo. Ahora para no levantarse ya. El dolor le clava su diente infernal con redoblada fuerza.)** Perdóname, Señor... Tú sabes que yo he querido... vencer... la muralla...

**(CECILIA y AMALIA le sostienen. MATILDE y ALEJANDRO se miran. Y rápidamente cae el...)**

TELÓN

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

